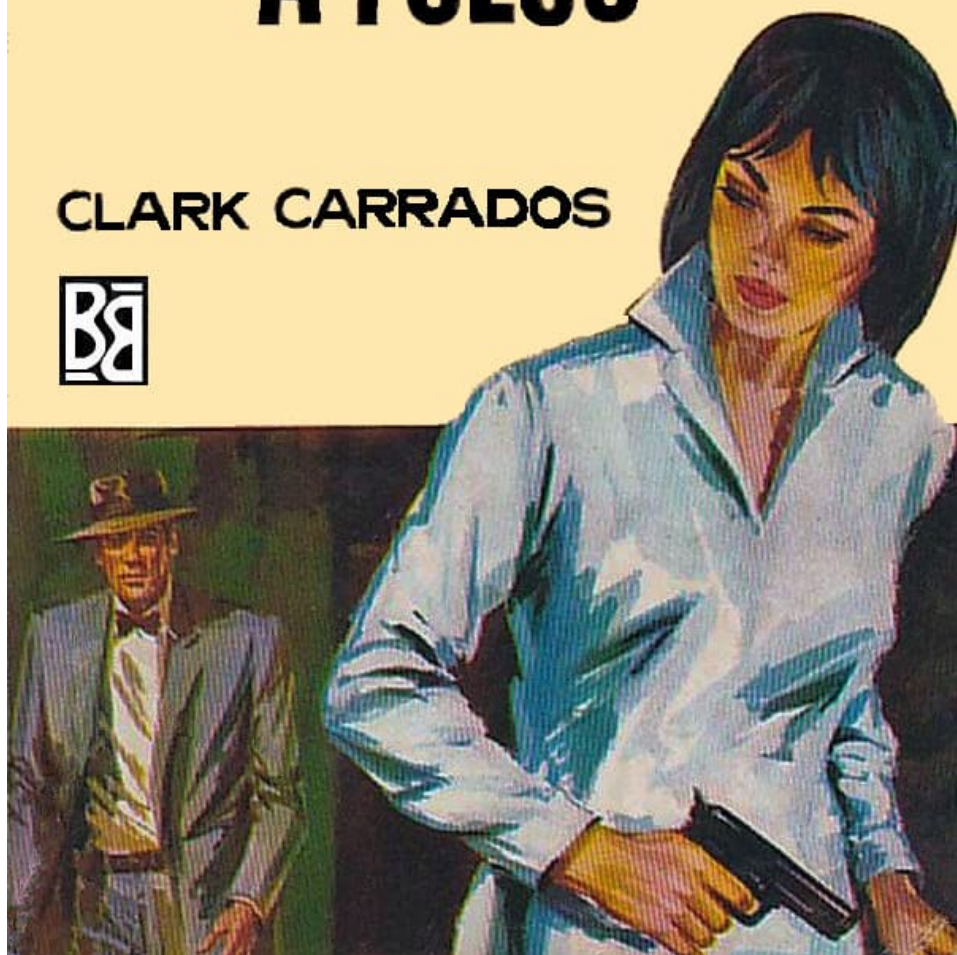




EL TESTAMENTO ESCRITO A FUEGO

CLARK CARRADOS



Estaba debajo de un farol, con un cigarrillo humeante prendido de sus labios intensamente pintados de rojo.

La blusa era también roja y encerraba un busto de sólidas y reveladoras curvas. La cintura era muy delgada y las caderas finas, pero se notaba que pertenecían a una mujer.

La falda, negra, era muy corta; apenas llegaba a diez centímetros por encima de la rodilla. Dado que también era muy ceñida, tenía una abertura en el lado izquierdo, para permitirle caminar, que alcanzaba a más de la mitad del muslo.

Medias y zapatos, de alto tacón éstos, eran asimismo negros. En aquella mujer sólo había tres colores: el rojo de los labios y de la blusa, la blancura de la cara y el negro del resto, incluyendo el cabello.



Clark Carrados

El testamento escrito a fuego

Bolsilibros - Servicio Secreto - 895

ePub r1.0

Lds 19.12.17

Título original: *El testamento escrito a fuego*

Clark Carrados, 1967

Cubierta: José Curtiella

Ilustración interior: Peña

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



MELODY



JACK SHIMM



DIFF
SALTON



Handwritten signature

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba debajo de un farol, con un cigarrillo humeante prendido de sus labios intensamente pintados de rojo.

La blusa era también roja y encerraba un busto de sólidas y reveladoras curvas. La cintura era muy delgada y las caderas finas, pero se notaba que pertenecían a una mujer.

La falda, negra, era muy corta; apenas llegaba a diez centímetros por encima de la rodilla. Dado que también era muy ceñida, tenía una abertura en el lado izquierdo, para permitirle caminar, que alcanzaba a más de la mitad del muslo.

Medias y zapatos, de alto tacón éstos, eran asimismo negros. En aquella mujer sólo había tres colores: el rojo de los labios y de la blusa, la blancura de la cara y el negro del resto, incluyendo el cabello.

Ciertamente, las pupilas eran verdes, pero, dada la hora, sólo acercándose mucho a ella se hubiera podido apreciar el detalle. Melody Fenner, quien ya empezaba a ser conocida en el mundo del hampa por el sobrenombre de «Reina Negra», había adoptado un papel muy poco en consonancia con su auténtica personalidad.

Aparentaba ser una buscona esperando algún posible «cliente». En algún modo, esperaba a un hombre.

Tiró el cigarrillo ya consumido. La brasa chasqueó en un diminuto charco de agua originado por la humedad. La niebla subía del río y envolvía al farol en un aura amarillenta, de tétricos resplandores.

Lejos, en el extremo opuesto de la calle, se divisaba la parpadeante muestra en rojo de un bar. El suelo estaba brillante por la humedad.

Un coche pasó rápidamente. Sus gomas emitían un sonido de

seda rasgada. Las luces encamadas de la cola se perdieron bien pronto entre la niebla.

Melody empezó a pensar que estaba perdiendo el tiempo.

«De todas formas», se dijo filosóficamente, «si me hubiese dedicado a esta “profesión”, no habría podido tener queja de mis atractivos».

Ya había rechazado a dos moscones. El hombre que, según sus informes, debía pasar por allí, no daba señales de vida.

Consultó el reloj. Para la comedia desempeñada, usaba uno barato, lo mismo que el bolso que pendía negligentemente de su hombro izquierdo.

Unos pasos sonaron opacamente a lo lejos. Melody miró en aquella dirección.

—¿Será él? —musitó.

Una silueta oscura se hizo visible entre la niebla. Melody creyó que el hombre estaba bebido.

Rectificó de inmediato. El vaivén que había ejecutado se debía sin duda a un charco.

El hombre se acercó. Era corpulento, pesado, de gran envergadura. De él se hubiera sospechado enseguida que se trataba de un boxeador o un luchador retirado y tal vez metido a pandillero.

No había tal. Sólo fachada.

Rod Pennin, «El Avispa», había merecido sobradamente el apodo. Iba de un lado a otro, curioseando, abriendo mucho ojos y oídos, escuchando por todas partes... y siseando luego sus informes al mejor postor. Melody sabía que Pennin poseía uno muy valioso para ella.

«El Avispa» llegó a su altura. Miró a Melody críticamente y se dispuso a continuar su camino.

—¿Me invitas a una copa, «Avispa»? —preguntó ella, con sonrisa profesional.

Pennin pareció sorprenderse de que una desconocida supiera su apodo.

Deteniéndose bruscamente, se enfrentó con la joven.

—¿Quién te ha dicho mi nombre? —preguntó con hosco acento.

—Un tipo —sonrió Melody.

—Tú no eres de este barrio —dijo Pennin.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora me he mudado aquí —contesta—. Puedo ganar dinero... y compartirlo contigo, «Avispa».

Pennin hizo una mueca de disgusto.

—¡Puah! —Escupió despectivamente—. ¡Lárgate, zorra!

—Contigo, «Avispa» —respondió Melody sin inmutarse—. Y con cien dólares que te guardo.

El rufián la miró recelosamente.

—¿Para qué? —preguntó.

—Para que me des más detalles acerca del tipo que me facilitó tu sobrenombre. Se llamaba Job Walls.

El cuerpo de Pennin se estremeció bruscamente. Durante un instante, sus ojos contemplaron a la joven con odio.

Luego, el temor apareció en sus brutales facciones. Dio un cuarto de vuelta y se dispuso a escapar.

Melody era una chica rápida de reflejos. Alargó el pie derecho y Pennin cayó de bruces al suelo.

—Doscientos, «Avispa» —anunció, contemplando al individuo caído a sus pies.

Pennin permaneció un momento inmóvil. Luego reaccionó con una rapidez que dejó sorprendida a Melody e incapaz de reaccionar por el momento.

El rufián se puso en pie de un salto y disparó un golpe de canto contra el estómago de Melody. De no haberse movido ella con gran rapidez, la pelea hubiese terminado instantáneamente.

Melody se curvó hacia delante, atenuando casi por completo los efectos del golpe. Entonces notó que la mano de Pennin se cerraba sobre sus cabellos.

Intuyó lo que iba a ocurrir y relajó sus músculos. Cuando Pennin tiró de su pelo hacia un lado, ella siguió el gesto, a la vez que agarraba con ambas manos el brazo del forajido.

Tiró con todas sus fuerzas. Pennin soltó su pelo y, arrastrado por la joven, cayó al suelo.

Melody se escurrió en el último instante. Pennin volvió a golpearse contra la acera.

Pero el rufián no daba muestras de rendirse. Melody se dio cuenta de que peleaba en inferioridad de condiciones.

Tiró de un cierre en el lado izquierdo de su falda y la abrió por

completo. La falda cayó al suelo. Melody quedó solamente con unas medias negras, muy ajustadas, que llegaban hasta la cintura.

Pennin se levantaba en aquel instante. Melody saltó sobre él. Era experta luchadora; practicaba a diario con un notable profesor, que la había instruido en todas las artes del «judo» y del «karate».

Sin embargo, hasta para derrotar a un hombre como «El Avispa» se necesitaba algo más que astucia. «El Avispa» podía ser pesado de movimientos, pero no tonto.

Melody se agarró de nuevo a su brazo. Intentó hacer que su adversario voltease por encima de su cabeza, pero Pennin resistió sus esfuerzos, sólidamente plantado en el suelo.

—¡Suéltame, maldita! —jadeó Pennin.

—Háblame de Job Walls —pidió ella, redoblando sus esfuerzos.

Pennin levantó el brazo libre. Al extremo del mismo, había un puño de enorme tamaño.

Melody contraatacó velozmente. Con el filo de la mano derecha, golpeó aquella muñeca. Pennin gimió de dolor.

El forajido vaciló un instante. Fue suficiente para Melody.

Dobló el brazo de su adversario a la espalda y empezó a retorcerlo.

—¡Te lo romperé si no hablas! —amenazó.

—No quiero, no quiero... —contestó Pennin, sudoroso y jadeante.

—Pero ¿por qué? —inquirió Melody, extrañada—. Puedes ganarte un buen fajo de billetes...

—El dinero no me importa... ¡Suéltame!

Melody acentuó la presión. El codo de Pennin crujió.

—Lo siento —dijo ella—, pero necesito que hables, «Avispa».

La cara del rufián estaba inundada de sudor. Ninguno de los dos, por propia conveniencia, había elevado la voz más de lo necesario para oírse mutuamente.

—Vamos, «Avispa», no me obligues a romperte un hueso —insistió ella—. Tu brazo sano y trescientos «pavos» a cambio de...

El dolor resultaba ya insufrible para el rufián.

—Está bien, se lo diré. Wall...

Algo silbó oscuramente por el aire. Melody se agachó de modo instintivo, en el momento que oía un sonido estremecedor.

Pennin emitió un gemido de agonía. Vaciló, sostenido aún

parcialmente por las manos de la joven.

Melody miró por encima del hombro del maleante. A lo lejos, entre la niebla, corría un hombre que desapareció en el acto tras la próxima esquina.

Pennin se escurrió de sus manos y cayó de rodillas. Sus manos se crisparon agónicamente sobre el mango del puñal hundido en su pecho hasta la empuñadura.

El ardor de la lucha había hecho que Melody quedara con la espalda contra el muro de la casa más próxima. En cambio, Pennin había quedado frente a la calzada.

Melody se preguntó si aquel cuchillo no estaba destinado a ella. Era ya tarde, sin embargo, para inútiles especulaciones.

Pennin cayó de bruces y luego rodó a un lado. La sangre manchaba la pechera de su camisa.

Melody miró en torno suyo. La hora era muy avanzada, lo cual hacía que la calle estuviera desierta, máxime teniendo en cuenta el escaso ruido que habían hecho en la pelea.

«El Avispa» agonizaba. Sus labios se movían débilmente.

Melody se arrodilló a su lado. Intentó escuchar lo que decía...

—Salt... —susurró Pennin, y, de repente, dobló la cabeza a un lado y se quedó quieto.

La joven se dijo que debía abandonar aquel lugar. En cualquier momento podía aparecer la ronda de la policía y su posición resultaría comprometidísima si la encontraban junto al cuerpo de un hombre con un cuchillo clavado en el pecho.

A pesar de todo, quiso correr el riesgo de perder unos minutos. Presurosamente, registró las ropas de Pennin. En uno de sus bolsillos encontró un trozo de papel estrujado.

Alisó el papel. Se habían separado una docena de metros del farol, pero aún llegaba la suficiente luz para poder leer lo que había escrito en la blanca superficie.

Era un número telefónico. Melody se dijo que no le faltaría quien le dijese el nombre del dueño del teléfono.

Poniéndose en pie, recogió la falda y el bolso y echó a correr. Dio la vuelta a la esquina.

Su coche, un *Porsche* plateado, se hallaba estacionado a pocos metros. Momentos después, Melody arrancaba de aquel lugar a toda velocidad, defraudada en buena parte por el casi completo fracaso

de su gestión.

CAPÍTULO II

Lizzy, la doncella personal de Melody Fenner, abrió la puerta del gimnasio y dio unos pasos en el interior de la estancia.

Salvo especiales circunstancias, Melody realizaba todos los días una serie de ejercicios gimnásticos, con los cuales, no sólo se mantenía en forma, sino que conservaba su esbelta silueta. Más tarde llegaría el profesor de lucha, con el cual tenía convenida una hora determinada a diario.

El gimnasio era enorme y disponía de toda clase de aparatos. Contiguo al mismo había un baño, con una pileta que casi parecía una piscina, y una «sauna» finlandesa para baños de vapor. El local había sido diseñado y equipado por uno de los mejores expertos en la materia.

Melody estaba haciendo unas flexiones de cintura. Al ver a su doncella, preguntó:

—¿Qué hay, Lizzy?

—Discúlpeme, señorita —contestó la doncella—. Hay dos caballeros que desean verla.

Melody suspendió el ejercicio y se enderezó.

—¿Quiénes son? ¿Les conozco yo?

Lizzy entregó a la joven dos tarjetas de visita.

—Nunca había oído sus nombres —manifesté.

Melody leyó las palabras escritas en las tarjetas de visita. Al fin, tras una ligera vacilación, accedió:

—Está bien, hazles pasar aquí.

—Sí, señorita.

Melody se dirigió hacia una mesa situada en un lado de la estancia. En apariencia, estaba destinada a jugar al «*ping-pong*»

» y para ello se utilizaba en ocasiones. También tenía otras utilidades.

Metió la mano debajo y comprobó que tenía una pistola cargada, sujeta a la cara interior del tablero con unos muelles. Luego se incorporó y giró sobre sí misma, en el momento en que sus visitantes cruzaban el umbral.

Lizzy cerró la puerta y les dejó solos con Melody.

—Los señores Larg y Lussino, supongo —dijo la joven.

—Exactamente —contestó uno de ellos, sonriendo—. Yo soy Pike Larg. Mi amigo es Jim Lussino.

Melody estudió a los dos individuos. Larg era bajo y rechoncho, de cara blanda y sonrosada. Sus ojos, sin embargo, parecían trocitos de cuarzo.

Lussino era más alto y delgado, de rostro cetrino, ojos muy negros y nariz ganchuda. A Melody no se le escapó la «profesión» que ejercían sus visitantes.

—Bien, ustedes dirán —invitó ella, sin moverse de junto a la mesa de «

ping-pong

».

—Nos envía Duff Salton —manifestó Larg.

—Y le traemos un mensaje de su parte —agregó Lussino con falsa amabilidad.

—¿De veras? —sonrió Melody—. Nunca oí hablar de ese señor Salton.

—El sí ha oído hablar de usted... de la «Reina Negra» —declaró Lussino malévolamente.

Larg se contempló las uñas y decidió que estaban faltas de brillo. Empezó a frotárselas contra las solapas de su traje.

—El señor Salton piensa que sería una lástima causar un estropicio en un cuerpo tan hermoso —dijo apaciblemente.

Lussino miraba a la joven con expresión voraz. Melody vestía solamente una malla negra, que parecía una segunda piel, adherida a sus hermosas curvas. Sólo quedaban sus manos y su cabeza al descubierto.

—Tendré que empezar a temblar de terror —sonrió Melody, sin amilanarse por las manifestaciones de sus visitantes.

Lussino dio un paso hacia ella.

—Deje que la sujete, guapa —dijo lascivamente.

Entonces, Melody metió la mano bajo la mesa y sacó la pistola a relucir. El arma estaba provista de silenciador.

—¡Eh! —dijo Larg.

—¡Rayos! —Gruñó Lussino, dando un paso atrás.

—¿Quieren conocer mi respuesta? —preguntó Melody.

Los dos rufianes aparecían inmóviles, más por el asombro que por la vista del arma.

—Aparte ese cacharro —gruñó Larg.

—El diablo las carga —dijo Lussino de mal talante.

Melody levantó la mano derecha.

—Han entrado aquí como unos patanes, sin quitarse siquiera el sombrero —dijo—. Ésta no es la guarida de su jefe.

La pistola escupió dos rápidas y casi silenciosas llamaradas. Los sombreros de Larg y Lussino volaron por los aires.

Palidecieron. Melody sonrió.

—¿Les gustó mi demostración de puntería? —preguntó.

Lussino se pasó una mano por el pelo engominado.

—No le he despeinado —dijo Melody irónicamente.

—Sería mejor que nos dejásemos de bromas —refunfuñó Larg—. Olvídense del asunto de Karen Hillman, eso es todo.

—¿Es el mensaje del señor Salton? —preguntó Melody.

—Sin quitar ni una letra, «Reina Negra».

Melody fingió reflexionar unos momentos. De pronto, vio sobre la mesa, junto a la redecilla, una pelota blanca. La cogió con la mano izquierda y la arrojó en dirección a Lussino.

—¡Cuidado, que explota! —advirtió.

Lussino dio un salto hacia delante y agarró la pelota con la mano derecha. Melody se sintió decepcionada.

—No es usted lo que dijo.

—¿Qué es lo que no soy yo? —preguntó Lussino coléricamente.

—La pelotita no es ninguna bomba y usted no es zurdo, simplemente. No tengo ganas de más explicaciones —concluyó la joven rotundamente.

—Bien —dijo Larg—, haga lo que quiera, pero no se queje luego de que no la hemos advertido. Tiene oídos y es inteligente, así que ya sabe entender las cosas. Vámonos, Jim.

—Recuerdos al señor Salton —se despidió Melody.

Esperó hasta que los rufianes hubieron salido de la casa. Entonces, volvió la pistola al mismo sitio.

Lizzy asomó por la puerta del gimnasio.

—Estoy temblando, señorita —dijo.

Melody se echó a reír.

—No tienes por qué temer —contestó—. Sólo me buscaban a mí.

—Si usted quisiera, no la buscaría ningún hombre..., al menos, con esas intenciones. Ya hay uno que la busca y...

—¡Lizzy! —dijo Melody, muy seria.

—Lo siento, señorita —contestó la doncella—. ¿Desea algo más de mí? —En aquel momento sonó el «ding-dong»

de llamada y exclamó—: ¡Ah, ése debe ser el profesor Aki Fuswan! ¿Puedo decirle que entre?

—Por supuesto, Lizzy, y discúlpame el grito.

La doncella sonrió maliciosamente.

—No tiene ninguna importancia, señorita —respondió, al mismo tiempo que salía del gimnasio.

Melody quedó sola, meditando profundamente acerca de la inesperada visita que acababa de tener. ¿Quién había informado al tal Salton, a quien, por cierto, desconocía en absoluto, acerca de su personalidad e intenciones en el caso?

Luego recordó la última palabra pronunciada por Pennin en su agonía. «Salt...». Ella había llegado a creer que se trataba del nombre de alguna ciudad, Salt Lake City, por ejemplo, pero los visitantes le habían hecho salir de su error.

¿Le convendría hacerle una visita al propia Salton?, se preguntó.

Alguien interrumpió de pronto sus reflexiones. Era el oriental, correctamente vestido, de mediana estatura, inclinado cortésmente ante ella.

—Buenos días, señorita Fenner —saludó Fuswan, su profesor de «judo» y «karate».

—Ah, hola, profesor —sonrió la joven—. Dispénsame, estaba distraída... Puede pasar al vestuario y cambiarse; yo estaré lista dentro de unos minutos.

Fuswan se inclinó nuevamente.

—Como usted ordene, señorita Fenner.

Terminada la sesión de ejercicios físicos y tras la ducha y masajes consiguientes, éstos aplicados por la doncella, Melody se cambió de ropa y bajó a la galería de tiro.

Melody poseía un apartamento en la Quinta Avenida, aunque, ordinariamente, residía en una lujosa villa al otro lado del Hudson. El espacio era mayor y, además, había podido realizar sin limitaciones una serie de modificaciones en el edificio, cosa que le hubiese resultado mucho más difícil en el piso de la Quinta Avenida.

También en éste tenía una galería de tiro, pero era mucho más pequeña. Melody prefería entrenarse en la galería del otro lado del río.

Los blancos se acercaban automáticamente a cada impacto para comprobar la puntería, si así se deseaba. Melody se colocó en las orejas unos protectores y tomó del mostrador una carabina automática. Bloqueó los mandos y abrió fuego.

Los diez proyectiles salieron en siete segundos. Melody hizo acercarse el blanco y observó los impactos. Después de tapar los orificios, devolvió el blanco a su sitio.

Entonces, se abrió la puerta de la galería y entró un hombre.

—Lizzy me conoce y me dejó pasar —declaró Ned Colman, teniente de la División de Servicios Especiales de Policía.

Melody le miró y sonrió, a la vez que se señalaba los auriculares con un dedo.

—No oigo —dijo. Cargó la carabina y disparó una segunda salva.

Colman presenció el ejercicio, con los dedos metidos en sus oídos. Un ventilador automático aspiraba rápidamente los gases de la pólvora reflagrada.

Al acabarse el cargador, Colman y el blanco se acercaron al mostrador, cada uno por su lado. Colman alabó:

—¡Buena puntería! Voy a proponerla para la medalla de tirador de primera, Melody.

Ella sonrió y se quitó los auriculares.

—Hola, Ned —saludó—. ¿Qué le trae por mi fortaleza?

—Admirar a la castellana —contestó él sin rebozos.

—Cuidado, es usted casado.

—Pero usted es muy guapa y siempre es agradable contemplar a las mujeres bonitas, aunque uno piense a veces que hacen cosas poco convenientes —respondió el policía—. ¿Puedo fumar? —preguntó.

—Hay un excelente sistema de aireación —concedió Melody—. ¿Qué cosa tan poco conveniente he hecho? —inquirió.

Colman sopló la llama del fósforo.

—Anoche apuñalaron cerca de los muelles bajos a un tipo llamado Rod Pennin, alias «El Avispa» —manifestó—. Hubo un testigo presencial que vio en las inmediaciones del lugar del suceso a una hermosa mujer, de pelo negro y silueta esbelta. El testigo declaró que la mujer corría hacia un automóvil de marca extranjera. Además, cosa rara, ella iba sin faldas; llevaba unas medias negras hasta la cintura y...

Miró a la joven intencionadamente.

—El oficial encargado del caso es amigo mío —explicó—. Está buscando a esa mujer como un loco.

—¿Y no la ha encontrado, Ned?

—No, porque no le he comunicado mis sospechas.

—Usted supo enseguida que era yo —sonrió Melody.

—Me lo supuse.

—Y vino a ver qué ocurría, ¿no es eso?

Colman dio un saltito y se sentó en el mostrador de las armas.

—Ya me imagino que usted no apuñaló a «El Avispa», pero quizá pueda decirme quién fue, Melody.

—Un tipo zurdo, Ned; es todo lo que puedo decirle.

—¿Cómo?

—Yo le sujetaba por detrás, retorciéndole el brazo. No miraba hacia el otro lado de la calle en aquel momento; estaba muy ocupada, como comprenderá.

—Sí, claro. Continúe.

—Lo primero que noté fue que el cuchillo estaba ya clavado en el pecho de Pennin. Después, miré y vi a un hombre que corría entre la niebla. Se escondió antes de que pudiera seguirle.

—¿Y cómo sabe que es zurdo?

—Por la posición del puñal en el pecho de Pennin y el lugar desde el cual fue lanzada el arma. El cuchillo entró oblicuamente

hacia el costado izquierdo de Pennin...

—El asesino pudo estar situado a la izquierda y tirar el arma con la derecha.

Melody agitó la cabeza.

—No. Estaba situado casi frente a nosotros. Si lo hubiese lanzado con la mano derecha, el arma hubiese estado inclinada hacia el costado de ese mismo lado. La inclinación, por otra parte, es muy poco perceptible, pero cuando vea al forense, pregúntele por la trayectoria de la herida.

—Le prometo hacerlo —contestó el policía—. Ahora, dígame, ¿para qué fue a ver a «El Avispa», Melody?

—Necesitaba unos informes, Ned.

—Melody, ¿por qué no habla claro de una vez? —se quejó el policía.

—Le estoy diciendo todo tal como ocurrió —contestó ella—. No le he ocultado nada, Ned.

—Salvo los motivos de su frustrada entrevista con «El Avispa».

—Bueno, tengo un cliente y debo guardar el secreto profesional —sonrió Melody.

—A saber qué clase de cliente será —refunfuñó Colman—. Un tipo que se relaciona con sujetos de la clase de «El Avispa» no puede ser honorable...

—No juzgue a la gente por las apariencias, Ned. ¿Quiere subir arriba y tomaremos juntos una taza de café?

—Lo que me gustaría saber es...

—Sí, el nombre de mi cliente —le atajó Melody—. Lo siento, Ned; por ahora, es imposible.

—Menos mal que la conozco a usted —dijo—. De lo contrario, la pondría en un aprieto. ¿Qué encontró en los bolsillos de Pennin?

Melody le contempló con expresión risueña.

—Me conoce bien, Ned —dijo.

—¡Hombre! Si después de que «El Avispa» hubo caído al suelo, usted no le registró, es que... Bueno, no es tan tonta como para eso.

—Gracias por la buena opinión que tiene de mí, Ned —contestó la joven—. Saque su agenda de notas y tome nota de un número de teléfono. Espero que sea lo suficientemente amable para comunicarme el nombre del propietario de ese número telefónico.

—Siempre que usted me diga...

—Vamos, vamos, Ned; deje a mi cliente en paz. Directamente, no tiene nada que ver con la muerte de «El Avispa»; solamente me indicó dónde podía verle y los informes que podía recibir, eso es todo. ¿Anota ese número o no?

—Suéltelo —se resignó el policía.

Melody se lo dijo. Colman guardó la libreta en el bolsillo.

—La telefonearé en cuanto sepa algo —prometió.

—De acuerdo, Ned. Dispense que no le acompañe, pero he de continuar con mis prácticas de tiro. Usted conoce el camino y... A propósito, ¿qué me dice de un tipo llamado Salton?

Colman respingó.

—¿«El Rayo»?

—¿Es que le llaman así? —se asombró Melody—. ¿Por qué, Ned?

—Es un rayo... con los hombres y también con las mujeres. A los primeros, les liquida antes de que se enteren de lo que les pasa.

—Vaya un rufián —comentó la joven—. ¿Y a las mujeres?

Colman sonrió maliciosamente.

—Se encuentran en sus brazos sin saber qué les ha ocurrido. Es terriblemente rápido, ¿comprende?

Melody sonrió también.

—Me está picando la curiosidad, Ned —manifestó.

—La curiosidad ha matado a más gentes que la pólvora —dijo el policía sentenciosamente.

—Y la curiosidad es la virtud principal de la policía, Al menos, se pasan el tiempo haciendo preguntas.

Colman soltó un bufido. Luego, girando sobre sus talones, se dirigió hacia la salida, mientras oía a sus espaldas el sonido de una alegre carcajada.

CAPÍTULO III

La rubia estaba sentada en un alto taburete, con un cigarrillo entre los labios. Su cuerpo estaba cubierto coa un vestido muy ajustado a sus curvas, de color rojo guinda. El vestido carecía de espalda y el escote era harto generoso, tanto como la falda, que quedaba a buena distancia de las rodillas.

El humo invadía la atmósfera de «El Pelicano Rojo». Gentes de toda laya pululaban por el local: marineros, trotonas, rufianes, tahúres... En aquel lugar, no había una sola persona que se ganase la vida decentemente.

Las mujeres miraban a la rubia recelosamente. Era nueva en «El Pelicano Rojo» y se daban cuenta de que estaba invadiendo su «campo de acción». Melody no hacía caso de las furiosas miradas de que era objeto.

Sólo una persona que la conociese íntimamente habría advertido su verdadera identidad. Además del cabello rubio, se había colocado unas lentillas de contacto, que ocultaban el verde de sus pupilas y les conferían un tono marrón oscuro. De este modo, aparentaba que era una rubia teñida.

«El Pelicano Rojo» estaba en las inmediaciones del lugar donde había muerto Pennin. Melody quería conocer a la persona con quien se iba a encontrar el rufián antes de recibir la muerte.

Un marinero se acercó a ella. Era un gigante de pelo claro y ojos azules, con un tórax de barril y manos como palas.

—Te invito a una copa, rubia —dijo.

—Bueno —aceptó Melody.

—Me llamo Jack Shimm —se presentó el marinero.

—Yo soy Mary Frick —dijo ella, dando el nombre falso que solía usar en ocasiones.

—Encantado, Mary. Eh, tú, gorda —se dirigió a la camarera que atendía el mostrador—, sirve dos de lo bueno.

Shimm miró a la joven y sonrió. Luego bajó la vista hacia el audaz escote.

—Eres muy guapa. Me gustas —dijo.

Melody le tocó los bíceps del brazo derecho.

—Un hércules —alabó.

—Rompo las puertas a puñetazos y derribo las paredes a cabezazos. ¿Te hago una prueba?

La *barmaid* colocó las copas delante de la pareja.

—Gracias, gorda —dijo Shimm—. Toma, bebe, Mary.

Melody alzó la mano.

—Salud, hércules —sonrió.

—Salud, Venus —contestó el marinero—. Yo también entiendo de mitología.

Un hombre entró en aquel momento. Melody miró por encima del enorme hombro del marinero.

La joven presintió que se trataba del sujeto a quien buscaba. Era un individuo de cuarenta años aproximadamente, de cara alargada y barbilla hundida, nariz ligeramente ganchuda y mirada huidiza. Se detuvo un momento y luego, con paso inseguro, se acercó al mostrador.

—Esto parece muy aburrido —dijo Shimm—. Me gustaría cambiar de aires, Mary. ¿Qué opinas?

—Yo me encuentro muy bien —sonrió ella.

El recién llegado se había situado a su lado. Melody fingió no advertir su presencia.

El marinero hablaba sin cesar, pero Melody no prestaba atención a sus palabras. La *barmaid* de senos opulentos atendía al recién llegado en aquellos instantes.

—¿Qué te sirvo, Less? —preguntó.

—Lo de costumbre, nena —respondió el individuo.

—O. K., Less.

Melody notó que una mano se posaba en su cintura. Miró a Shimm.

—Eres un audaz, hércules —sonrió.

—Me gustas, Mary —contestó Shimm. Ella notó que tenía los ojos muy brillantes. Sin duda, pensó, había tomado una copa de

más.

La *barmaid* llenó la copa de su cliente.

—Habrás sentido lo de «El Avispa», ¿no?

—El se lo buscó —contestó el individuo hoscamente—. Y no me menciones más a ese cerdo...

—Bueno, bueno, no te enfades. Yo sólo sé que erais muy amigos...

—Si lo hubiéramos sido, no me habría dejado en la estacada —masculló el sujeto—. ¡El mejor negocio de mi vida y...! Bueno, pero ¿qué diablos te importa eso a ti?

—Tienes razón —contestó la exuberante *barmaid*—. No me importa nada.

Y se alejó.

Melody sintió en aquel momento el voraz contacto de unos labios en su cuello. Los brazos de Shimm la atraían hacia sí con fuerza.

—Me gustas —repetía roncamente el marinero una y otra vez.

Melody soportó las caricias estoicamente. Dejando que el marinero continuara abrazado a ella, abrió su bolso y extrajo algo que lanzó en su copa sin que Shimm se diese cuenta.

—Bueno, bueno —dijo, al cabo de unos momentos—. Basta por ahora. Jack, no seas impaciente; tiempo habrá para todo. Bebe un trago, ¿quieres? —invitó con tentadora sonrisa, a la vez que le ofrecía la copa.

Shimm la miró y sonrió.

—Sí, tiempo habrá para todo —dijo. Se llevó la copa a los labios y despachó su contenido de un solo trago.

Se acercó a ella de nuevo.

—Este local es un asco —dijo—. Vámonos a...

Shimm se interrumpió de repente. Se tambaleó.

Dio dos pasos laterales. De pronto, giró sobre sí mismo y se derrumbó de bruces sobre una mesa.

Los ocupantes saltaron a los lados, espantados por el fenomenal impacto de aquel cuerpo que pesaba más de cien kilos. La mesa estalló sonoramente.

Sonaron algunas interjecciones de grueso calibre. Melody miró fríamente al caído.

—Tipo flojo —dijo despectivamente—. Mucha fachada, pero no

aguanta dos copas.

La gorda del mostrador lanzó un par de alaridos. Dos hombres aparecieron en el acto y se agacharon sobre el marinero.

—¡Sacad a ese estúpido a la calle! —bramó la *barmaid*.

Melody oyó un tintineo a sus espaldas. El amigo de Pennin acababa de pagar su consumición.

—Adiós, tú —se dirigió a la gorda.

—Adiós, Less.

El hombre abandonó la taberna. Instantes después, Melody salió tras él.

Jack Shimm yacía en la acera, apoyado parcialmente contra la pared. Una sonrisa beatífica se dibujaba en su rostro casi de niño.

—Ni se ha enterado de que le dado un narcótico —murmuró la joven.

Miró hacia el extremo de la calle. El hombre estaba al punto de desaparecer en la esquina más cercana.

Melody corrió tras él. Dobló la esquina y siguió caminando un centenar de metros.

Al fin, vio que el individuo se metía en un portal. Ella le imitó sin vacilar, segundos más tarde.

Escuchó los pasos que sonaban en las escaleras. Cuando dejó de oírlos, dedujo el lugar donde vivía el individuo.

Subió sin hacer ruido. Era una casa vieja, con varias puertas en cada rellano. Melody se detuvo en el tercer piso y miró atentamente, hasta que vio una raya de luz por debajo de una de las puertas.

Se acercó a la misma y asió el pomo, haciéndolo girar en silencio. De este modo, pudo entrar en el piso, reprochando a su habitante en silencio su falta de precauciones.

Oyó ruido de agua corriente. El inquilino debía de estar en el baño, dedujo.

Esperó unos momentos. El hombre salió al fin, en mangas de camisa, secándose las manos con una toalla limpia.

Al ver a la joven, se quedó con la boca abierta de par en par.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —preguntó hostilmente.

—Tenemos que hablar, Less Elgin —contestó la joven.

—¿Hablar? Se equivoca; yo me voy a dormir —respondió el sujeto—. Así que lárguese y...

—Tenemos que hablar de «El Avispa» y del negocio que usted perdió al morir él.

Elgin se detuvo en seco.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—¿Le habló «El Avispa» alguna vez de Job Walls?

Elgin apretó los labios.

—Escucha, preciosa —dijo—. Me imagino que eres una trampa de la policía y yo no quiero nada con los «pies planos», ¿te enteras? Así que sacúdete de aquí en el acto o...

Sin inmutarse, Melody abrió su bolso y sacó un fajo de billetes.

—¿Doscientos, Less? —propuso.

Elgin se humedeció los labios con la lengua.

—Demonio —masculló a media voz.

Melody avanzó hacia él.

—Cuéntame todo lo que sepas de Job Walls —pidió.

Elgin frunció el ceño.

—Doscientos es poco para lo que podría ganar...

—«El Avispa» pensó lo mismo y sólo ganó una puñalada.

—¿Fuiste tú? —preguntó Elgin aprensivamente.

Melody fingió que se le caía un billete. Elgin se agachó a recogerlo, pero lo hizo con la mano derecha.

«Éste no es el asesino», pensó.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Acaso porque supones que las mujeres sólo saben emplear el puñal?

—Bueno, la verdad es que doscientos «pavos» no es una suma como para lanzar gritos de alegría. Además, ¿qué te interesa a ti ese asunto?

—Pregunto yo, Less —dijo ella, agitando los billetes.

—Es poco —insistió el rufián.

—¿Cuánto más?

Elgin la miró fijamente durante unos segundos.

—Es un asunto de cientos de miles —contestó—. ¿Crees que voy a darlo por sólo doscientos?

—Si «El Avispa» pudiera hablar, lo daría gratis con tal de seguir viviendo —dijo Melody.

—¿Me amenazas?

Melody procuró armarse de paciencia.

—Quinientos y no se hable más, Less —ofreció, tajante.

Elgin chasqueó los dedos.

—Olvidalo, guapa. No sé cuáles fueron las intenciones de mi amigo, pero no soltaré el pico por menos de veinticinco de los grandes.

—¿Veinticinco mil?

—¡Ajá! Ni un centavo menos. Y como no los llevas encima, lárgate y déjame dormir.

Melody vaciló un instante. Luego, fingiendo resignarse, sonrió y dijo:

—Está bien, Less. Veinticinco «sábanas» es demasiado para mí. Esforzándome mucho, podría llegar a los mil, pero de ahí no puedo pasar.

Elgin chasqueó los dedos significativamente.

—La puerta está a tus espaldas. Úsala —indicó.

—Adiós, Less —se despidió la joven.

Melody giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Una risita desdeñosa sonó tras ella.

—¡Mil dólares! ¡Qué porquería!

Melody salió al pasillo y dio dos pasos. Oyó el ruido de una llave al girar en la cerradura y retrocedió silenciosamente.

Regresó junto a la puerta. Abrió el bolso y sacó una especie de ventosa que aplicó a la madera. Un cable unido al receptor de sonidos terminaba en un auricular que insertó en el interior de su oreja.

Todos los sonidos que se producían dentro de la casa llegaron hasta ella distintamente. Elgin hablaba con alguien por teléfono.

—Escuche, la oferta ha subido. Ahora son treinta de los grandes... Ni uno menos, diga lo que diga y si vuelve a insultarme, subiré más por cada palabrota... Tengo ya una oferta segura de veinticinco mil, ¿qué se había creído? Es el mejor negocio de mi vida y no voy a... ¿Que me vaya al cuerno? Bueno, pero usted se quedará sin nada, a menos que pague treinta y cinco...

Elgin prosiguió:

—¡Sí, he dicho treinta y cinco... y no me asustan usted ni sus ganapanes! ¡O me paga la cantidad mencionada o ya puede irse al...!

Elgin calló de pronto. Melody pudo oír casi en el acto el sonido del auricular al ser colocado de golpe sobre la horquilla del

teléfono.

Quitó el estetoscopio y lo guardó en el bolso. Ahora entraría de nuevo y forzaría a Elgin a que hablase. Tenía j medios para ello.

De pronto, oyó un enorme ruido.

Sonaba dentro de su cabeza. Le pareció que el cráneo le estallaba, con un atronador rugido, que pronto se extinguió cuando perdió el conocimiento.

Despertó más tarde, ignorando cuánto tiempo había permanecido sin sentido. Al abrir los ojos, lo primero que vio fue el dibujo de una alfombra de escasa calidad.

Tardó unos minutos en darse cuenta que estaba en el suelo, en un lugar que no era su casa. La memoria le volvió de pronto y se sentó de golpe en el suelo.

La acción le provocó un fuerte mareo, que aguantó con los dientes muy prietos, inspirando y expulsando el aire con fuerza. Por fin, pudo abrir los ojos de nuevo y, para su tranquilidad, vio que los objetos que la rodeaban permanecían inmóviles.

También había un cuerpo humano completamente inmóvil. Era el de Less Elgin y el mango de un cuchillo sobresalía del centro de su pecho.

CAPÍTULO IV

Durante unos momentos, Melody permaneció inmóvil, contemplando fijamente el cadáver que yacía a tres pasos de distancia. Al cabo de un largo minuto, empezó a reaccionar.

Se tocó la cabeza. La peluca rubia continuaba en su sitio, merced al perfecto ajuste de los flejes curvos interiores de acero. Gracias a la peluca, pensó, se había salvado de un más serio contratiempo.

—El golpe fue de los buenos —dijo a media voz.

Su bolso estaba en el suelo, abierto y esparcido su contenido. Melody pudo apreciar que le faltaba la pistola. Todo lo demás, había sido respetado.

Por fortuna, no habían encontrado el compartimento secreto donde guardaba su documentación. Si no la habían reconocido, y lo más probable era que así hubiera ocurrido, la tomarían sin duda por alguna mujer detective particular al servicio... de sí misma.

Ello le hizo sonreír, pese a la poco agradable compañía del cadáver de Elgin. Desechando sus aprensiones, se puso en pie y se acercó al muerto.

Tocó su mejilla. Estaba ya fría.

Por tanto, hacía más de una hora que había muerto. Melody dedujo que al asesino no le interesaba ser seguido y para evitar un traspié, la había entrado en la casa.

Observó el mango del cuchillo. Estaba ligeramente inclinado hacia la derecha del cuerpo de Elgin, lo cual suponía que la hoja, totalmente escondida en la carne, estaba inclinada hacia el lado opuesto.

El asesino era el mismo zurdo que había matado a «El Avispa». Debía de ser un hombre peligroso, se dijo Melody.

Recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta. No temía a sus

huellas, porque todo el tiempo había usado guantes. Abrió silenciosamente, se asomó al pasillo, vio que estaba desierto y abandonó el piso.

Una hora más tarde, cuando estaba a punto de amanecer, llegaba a su casa. Inmediatamente, se metió en la cama y pocos momentos más tarde, dormía profundamente.

* * *

Melody estaba despachando su correspondencia, cuando la doncella le anunció la visita de dos conocidos suyos.

Jack Charlton y Jock Thomas penetraron en el despacho. Eran dos sujetos altos, delgados y de cierto parecido fisonómico que hacía creer a los que no les conocían que eran hermanos. El parentesco no existía.

Charlton y Thomas eran grandes amigos y estaban muy unidos. Tenían una agencia detectivesca, al borde de la ruina, o poco menos, cuando Melody fue en su busca y les propuso entrar a su servicio^[1]. Los dos hombres aceptaron inmediatamente, no sólo por el excelente sueldo que ella les ofrecía, sino porque ambos habían sido muy amigos del único hermano de la joven, muerto en trágicas circunstancias, así como su prometido. Desde entonces, estaban al exclusivo servicio de Melody, aunque continuaban sosteniendo la agencia para seguir con la ficción de su oficio.

Thomas y Charlton estaban sumamente compenetrados, De ordinario, vestían con ropas oscuras. Sus rostros enjutos y angulosos, de expresión fúnebre casi siempre, impresionaban a cuantos no les conocían. En realidad, poseían un acusado sentido del humor, que demostrabais con una peculiar manera de hablar en numerosas ocasiones.

—Traemos informes —dijo Thomas.

—Buenos —añadió Charlton.

—Siéntense —invitó la joven—. ¿Qué tal el trabajo? —preguntó.

—Pesado...

—... y agotador —suspiraron los dos hombres casi a dúo.

—Hemos averiguado... —dijo Charlton.

—... dónde tiene «El Rayo»... —Siguió Thomas.

—... su cuartel general.

—Nos ha costado bastante.

—... pero valió la pena.

Melody sonrió.

—Vamos, hable uno solo; yo les conozco de sobra —dijo.

—Salton es el propietario de un local denominado «El Pájaro de Oro». Es bueno y caro —declaró Thomas.

—Es un local aparentemente honesto. Todo lo que se hace a la vista es perfectamente legal —añadió Charlton.

—Su despacho está a la derecha del escenario. Allí recibe a visitantes, amigos y clientes.

—Pero detrás tiene una habitación secreta, donde recibe a otras gentes no tan honestas.

—El acceso a esa habitación se hace por un trozo de la librería del despacho, que se abre mediante un mando instalado en la mesa de despacho. Para ello, Salton utiliza primero una llave, como la de contacto de un automóvil.

—Sin esa llave, aunque se apriete el interruptor de apertura, el panel de la librería no gira.

—Pero hay un medio más fácil de entrar en la habitación secreta.

—Por el callejón. Hay una ventana que da a un cuarto aparentemente destinado a trastos viejos y lleno de cajones vacíos y muebles en desuso.

—Una pila de cajones vacíos oculta una puerta muy bien disimulada. Esta puerta tiene una cerradura sumamente sencilla y constituye, a mi entender, una posible vía de escape para Salton.

—¿Satisfecha?

Melody se reclinó en el sillón y mordisqueó distraídamente el cabo del lápiz.

—Ha sido un buen trabajo —alabó al cabo.

—Nos ha costado bastantes días —manifestó Thomas.

—Ahora —añadió Charlton sonriendo—, Jack y yo somos un par de expertos camareros en el «Pájaro de Oro». ¿Cuándo quiere que cesemos?

—Esta noche iré allí. Sigan, pero permanezcan atentos. Mañana no acudirán ya al local de Salton.

—Entendido —contestaron los dos detectives simultáneamente.

Thomas meneó la cabeza.

—Un buen lío —murmuró.

—Sí —contestó Melody pensativamente—. Es un testamento casi absurdo, porque ¿a quién puede interesarle un trozo de terreno de poco más de dos hectáreas de extensión, con una casa en ruinas y en medio del desierto de Arizona?

—Esa Karen Hillman la ha metido a usted en un jaleo de los gordos —masculló Charlton—. ¿Por qué le hizo caso?

Melody se sonrojó ligeramente.

—Bueno, no podía desatender a la persona que me la enviaba —contestó.

—Claro —sonrió Thomas maliciosamente.

—Se comprende —añadió su compañero.

—Bueno, nos vamos. ¿Nada más por ahora, Melody?

—Nada, eso es todo, muchachos.

Los dos detectives se dirigieron hacia la puerta. Desde allí, Thomas, volviéndose hacia ella, preguntó:

—¿Cómo piensa ir? ¿De «Reina Negra» o...?

—Depende. Iré primero de cliente..., pero tal vez la «Reina Negra» entre en acción después.

—Allí nos tendrá, Melody —aseguró Thomas.

La joven se quedó sola. Minutos más tarde, le anunciaron otra visita.

Ned Colman penetró en la estancia.

—Me he encontrado con dos cuervos que salían —gruñó.

—Sí, vinieron a saludarme —concedió ella con una sonrisa.

Colman la miró de soslayo.

—Esos tipos no la visitan a usted solamente para darle los buenos días, Melody. Le traigo el nombre y la dirección del dueño del teléfono que usted me indicó.

—Una buena labor, aunque ha tardado varios días —se quejó ella.

—He estado ocupado —se defendió Colman.

—¿En qué, si puede saberse?

—Echando una mano a mi amigo, el teniente que lleva el caso de Rod Pennin, alias «El Avispa». También se encarga del asesinato de un tal Less Elgin —dijo Colman intencionadamente.

—Usted quiere que yo le diga todo lo que sé, ¿no es cierto?

—Si no le importa —contestó el policía cortésmente. Melody se

puso en pie.

—Venga conmigo. Le invito a una copa, Ned —dijo—. Se acepta, aunque esté de servicio. Hoy, los policías, somos mucho más sociables —dijo Colman con buen humor.

Momentos después, se hallaban en uno de los salones de la quinta. Melody preparó dos copas y le entregó una. Después de los primeros sorbos, dijo:

—Hace algún tiempo, vino a verme una chica llamada Karen Hillman. Me la enviaba un amigo común... un tal Brent Lothar.

—Ah, sí —dijo el policía con indiferencia—. Creo que trabaja para el F. B. I., ¿no?

Miró a Melody. El rostro de la joven era una máscara de impasibilidad. Sin embargo, su respiración se había alterado ligeramente.

Colman conocía las causas de tal agitación. Discreto, sin embargo, no quiso formular más comentarios al respecto.

—Bien —continuó Melody—, Karen vino enviada por Lothar. Estaba en un apuro. Un pariente suyo, Job Walls, la había dejado como única heredera de una pequeña propiedad situada en Mesa, Arizona... bien, mejor dicho, a diez o doce kilómetros al norte de Mesa, en pleno desierto.

Karen me dijo que hacía dos años que no sabía nada de su tío Job y que nunca, en las veces que le vio antes, le oyó nada respecto a declararle su heredera. Una vez estuvo a visitarle personalmente y se quedó horrorizada de la forma en que vivía su tío.

»A Karen le resultó inexplicable que aquel trozo de tierra valiese más que el papel de los documentos de propiedad. Tanto es así, que cuando recibió la noticia de que era la heredera, por fallecimiento de Job, ni siquiera hizo el menor caso. Contestó al abogado que le había dado la noticia y le dio orden de vender a cualquier precio.

»Semanas después, recibió más noticias del abogado, Beckrold creo que se llama. El testamento especifica claramente que Karen no puede vender dicho terreno. Solamente, en caso de muerte, pasaría a poder del hospital de Mesa. Beckrold le envió unos documentos para ratificar su aceptación del testamento, Karen los firmó... y ya no volvió a ocuparse más del asunto.

—Muy interesante —comentó el policía—. Siga, por favor.

—De repente, Karen recibió una interesante oferta por su terreno, varios miles de dólares. A ella le hubiera gustado vender, pero las condiciones del testamento se lo impedían. Entonces, el comprador le hizo ver que se podía burlar mediante algún truco legal, pero Karen receló y se negó a aceptar la componenda.

»En vista de que no daba su brazo a torcer, el comprador la amenazó. Karen se asustó y, no sabiendo a quién recurrir, buscó a Lothar.

—Y Lothar la envió a usted.

—Sí.

—¿Dónde está Karen ahora?

—Lo ignoro, Ned.

El policía dio un salto en el asiento.

—¿Cómo?

—Sí. Karen habló conmigo, me explicó todo, me concedió... digamos plenos poderes para actuar y luego desapareció. Recibí desde Kansas un telegrama diciendo que más adelante se pondría en contacto conmigo y eso es todo.

Colman frunció el ceño.

—Un asunto bastante extraño..., que ha costado ya las vidas de dos hombres.

—Sí, Ned —concordó Melody.

—¿Quién le dijo que «El Avispa» pasaría por allí aquella noche?

—Karen me enseñó una carta, recibida junto con el testamento. Era de su tío y, naturalmente, había llegado en un sobre cerrado. En ella, Job Walls le advertía que debía guardarse de ese sujeto. Entonces, yo investigué y pude averiguar alguna de sus costumbres. Una de ellas era acudir con cierta frecuencia a «El Pelicano Rojo».

—Y así, también averiguó que Elgin era amigo de «El Avispa».

—Cierto.

Colman se pellizcó el labio inferior.

—Extraño —dijo—. Un trozo de tierra en pleno desierto... y estamos en Nueva York. ¿Por qué Job Walls se relacionaba con un tipo como «El Avispa»?

—Será difícil que lo sepamos —contestó Melody—. Ninguno de los dos está vivo, Ned.

—Y Elgin también ha muerto. Pero alguien sabe que ese pedazo

de arena y piedras vale mucho y quiere apoderarse de él a toda costa.

—Exactamente.

—Me pregunto cómo pudo averiguar Salton tantas cosas.

Melody sonrió maliciosamente.

—¿No le llaman «El Rayo»? —dijo.

—Sí, pero es raro que un hombre como Salton se interese por un asunto de esa clase.

—Lo cual no hace sino confirmar mi creencia de que la propiedad del viejo Job Walls tiene un valor sumamente elevado.

—¿Algún yacimiento aurífero? —apuntó el policía.

—Tal vez. Eso suele ser frecuente en tierras desérticas —convino la joven.

—Bueno, yo averiguaré lo que pueda —dijo Colman, poniéndose en pie—. Ah, aquí tiene el nombre y la dirección del propietario del teléfono. Es propietaria —añadió intencionadamente.

Melody leyó las palabras escritas en el papel.

—Gracias, Ned —contestó.

—¿Se le ha ocurrido pedir a Mesa informes de Walls?

—No, ciertamente. Esperaba que «El Avispa» me dijese algo...

Colman meneó la cabeza.

—Hoy mismo enviaré un despacho al *sheriff*.

—Comuníqueme la respuesta apenas la haya recibido —pidió Melody.

—Así lo haré —prometió el policía.

CAPÍTULO V

Melody se contempló al espejo, satisfecha de su hermosa figura.

El vestido que se había puesto era corto y quedaba a unos centímetros por encima de las rodillas. El escote era más bien moderado, aunque, por contraste, la espalda iba completamente al aire.

El color amarillo vivo del vestido contrastaba con su negrísima cabellera. La tela, sumamente ajustada a su cuerpo, hacía resaltar sus esbeltas curvas. Melody sabía que no podía menos de causar impresión dondequiera que fuese.

Duff Salton no sería ninguna excepción. Aunque no conocía personalmente al *gángster*, sabía de su afición al bello sexo.

Pero también sabía que era muy peligroso. A Salton podían gustarle las mujeres, pero más le gustaba aún su propia vida.

Para defenderse en cualquier imprevista contingencia, Melody llevaba un bolso especialmente preparado. Era algo mayor que los que llevaba ordinariamente con los vestidos de fiesta, pero menor que los de paseo. No llamaría la atención, ciertamente, estaba segura de ello.

Una hora más tarde, se apeaba de un taxi en la puerta de «El Pájaro de Oro». La entrada era pequeña, pero el galonado portero que se inclinó cuando ella cruzaba la acera, indicó sobradamente que se trataba de un local de lujo.

Un atildado maestresala la situó en una buena mesa, gracias a una excelente propina. En el escenario, una cantante distraía al público.

Melody encargó una botella de champaña. Sacó su pitillera y encendió un cigarrillo.

Era preciso ser paciente. Sabía que destacaba entre la masa de

asistentes y que no tardaría en ser avistada por Salton o alguno de sus esbirros.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Melody notó la presencia de un hombre junto a su mesa.

—Me parece que nos hemos visto antes, señorita —dijo Jack Shimm.

Melody alzó la cabeza. Apenas si pudo contener un gesto de sorpresa.

—¿Está seguro? —preguntó, con encantadora sonrisa.

—Creo que sí —respondió Shimm. Vestía con singular elegancia y, pese a su enorme corpulencia, el sastre había sabido sacar partido de la tela de su traje oscuro.

—Yo no recuerdo —dijo Melody.

—Tengo buena memoria para las caras femeninas, aunque sus propietarias se tiñan el pelo —dijo Shimm intencionadamente.

—No entiendo...

El joven tomó una silla y se sentó frente a Melody.

—Vamos, vamos —dijo—, no se haga la desentendida, Mary Frick. ¿Es ése su nombre auténtico?

—¿Cuál es el suyo, Jack Shimm? —preguntó Melody.

—Jack Shimm —contestó él con amplia sonrisa.

—Noches atrás, le vi vestido como un marinero borracho. Ahora parece un multimillonario. ¿Qué es usted, en realidad, Jack?

—Una cosa intermedia, Mary Frick.

Ella fingió meditar unos instantes.

—Una cosa intermedia entre un millonario y un marinero... Oficial de la marina mercante, por ejemplo —dijo al cabo.

Una chispa de buen humor brillaba en los azules ojos de Shimm.

—¡Diana! —exclamó.

—Me llamo Mary —dijo Melody.

—No, si yo lo decía porque acertó en el blanco.

—¿Qué buque manda usted?

—Ahora, ninguno. Era segundo de a bordo en el «Lucy Cork», un cascajo prehistórico que ha pasado al desguace.

—Y está en espera de una colocación.

—Deshojo la margarita, Mary.

—¿Qué quiere decir?

—«Sí», continuaré en la marina. «No», anclaré definitivamente

en tierra.

—A un marino le cuesta mucho abandonar su profesión. Sólo lo hace por una mujer, Jack.

—Sí.

—¿Quién es ella, Jack?

Un hombre se acercó de pronto a la mesa.

—¿Señorita Fenner?

Melody levantó la vista. Jim Lussino estaba frente a ella.

Shimm soltó una risita. Melody supo de qué se reía el marino. Acababa de conocer parte de su nombre.

—¿Qué desea? —preguntó la joven.

—Cuando termine con... el caballero, el señor Salton desearía tener una entrevista de negocios con usted.

—¡Ah! —exclamó Melody—. Negocios. Eso es algo que no dejo jamás para luego. Vamos, Jim.

Se puso en pie y dirigió una hechicera sonrisa a Shimm.

—Quizá le vea luego, Jack. En otro caso... pague el champaña.

—Será un placer —aseguró el fornido marino.

Mientras caminaba hacia el despacho del dueño del local, Melody se preguntó qué buscaba y cuáles eran los proyectos de Jack Shimm.

Días atrás, le había visto como un vulgar marinero a medio emborracharse, en un infecto tugurio de la parte baja de los muelles. Ahora aparecía en un elegante local, vestido con toda corrección y con un porte indudablemente distinguido, que hablaba de ciertos refinamientos personales que no se podían esconder.

Era un asunto complicado. ¿Qué tenían que ver dos forajidos de Nueva York con el habitante de una vieja cabaña del desierto? ¿Qué relaciones unían a Jack Shimm con unos y otros?

Se encontró ante la puerta del despacho de Salton antes de que hubiese podido dar cima a sus desconcertadas reflexiones.

Lussino abrió y alguien lo hizo desde el interior, Melody pensó que sería Pike Larg, pero se equivocaba.

Era un sujeto al cual no había visto nunca, indudablemente, otro de los esbirros de Salton. Era tan delgado como Lussino, pero de tez aún más morena y con un delgado bigotito negro sobre el labio superior.

Melody dejó de mirarle bien pronto. Duff Salton, alias «El Rayo»,

estaba frente a ella.

No se podía negar que se trataba de un hombre atractivo. Salton contaba unos cuarenta años de edad y tenía una figura apuesta y atrayente. El pelo era oscuro y sus sienes mostraban ya algunas hebras blancas. Evidentemente, se vestía a la medida y sus trajes debían de costar un buen puñado de billetes.

—Déjennos solos —ordenó.

Lussino y el hombre del bigotito negro abandonaron el despacho. Melody y Salton quedaron solos, frente a frente.

Hubo una corta pausa de silencio. Melody se dio cuenta de que Salton la devoraba con los ojos. Sonrió ligeramente.

—Tengo entendido que es un experto en... estatuaria femenina, Salton —habló Melody por fin, rompiendo el silencio.

—Sólo hay una cosa que me guste más que una mujer hermosa —contestó el dueño del local.

—¿Y es? —preguntó Melody.

—Otra mujer hermosa.

Aquellas palabras parecieron romper el hielo. Salton avanzó hacia la joven y la tomó por el brazo, conduciéndola hacía un rincón de recibir a las visitas, donde había un enorme y cómodo diván.

—Siéntese —invitó—. ¿Qué prefiere para beber?

—Había empezado una botella de champaña —contestó ella.

—Me lo avisaron —dijo Salton simplemente—. Abriré otra de la misma marca.

Instantes después, llenaba dos copas. Levantó la suya y brindó:

—Por una mujer tan bella como entrometida y por el fracaso de sus propósitos.

Melody bebió en silencio. Salton le preguntó:

—¿No brinda usted por nada, «Reina Negra»?

Ella dejó la copa sobre la mesita que había frente al diván.

—De hacerlo, tendría que ser por algo completamente distinto a lo que usted ha dicho... en la segunda parte.

—¿Y en la primera, no?

—Tendría que brindar por un hombre apuesto, pero de sentimientos despiadados.

—En donde yo estoy, es preciso dejar los sentimientos de lado.

—Sí; «El Avispa» y Elgin podrían decir algo al respecto... si

estuviesen vivos. Pero me imagino que no me ha llamado para hablar de aquellos dos sujetos.

—No, desde luego. Para hablar de usted... con usted misma, naturalmente.

Melody se reclinó en el diván.

—Le escucho —dijo.

Salton se sentó en un ángulo de la mesita, frente a ella.

—Tengo informes suyos, «Reina Negra» —manifestó—. Sé quién es usted, qué hace, cuáles son sus medios de vida, dónde reside...

—Hace usted honor al apodo, Salton. En poco tiempo, no sólo ha conseguido averiguar mi identidad, sino otros muchos detalles que no suelen... digamos publicarse en la prensa.

—Tengo un servicio de información —declaró el *gángster* calmosamente—. Por esa razón, sé que mencionarle a usted el dinero resultaría inútil.

—Le comprendo. En efecto, un... soborno no daría resultado.

—Pero hay otros medios para apartarle de mi camino.

—¿Cuáles?

—La persuasión, el primero de todos. Abandone, «Reina Negra»; deje este caso y váyase muy lejos. Viaje a Europa, a los Mares del Sur... déjeme que siga adelante, ¿quiere?

—En cierto modo, se me puede considerar un detective privado. Si accediera a su petición, traicionaría a mi cliente.

Los ojos de Salton chispearon un segundo.

—Es un buen negocio para mí —dijo—. Karen Hillman recibirá más dinero del que ha visto jamás en los días de su vida. ¿Por qué no la persuade para que deje a mis abogados la solución legal de ese estúpido negocio?

—Le daré una respuesta sincera, Salton: en este momento, ignoro el paradero de Karen Hillman.

Salton pareció desconcertarse un segundo.

—¿Es cierto?

—Absolutamente —confirmó Melody.

Salton se puso en pie. Dio dos pasos por la estancia y, de pronto, se volvió, encarándose con la joven.

—Escuche: es un negocio de cientos de miles; tal vez un par de millones. Antes le dije que sólo había una cosa que me gustase más que una mujer hermosa.

—Un millón de dólares le gusta más que... otra mujer hermosa.

—Justamente. «Reina Negra», su fama no me asusta. Usted es lista, pero yo no soy tonto ni manco.

—Ni sus hombres tampoco... ni el zurdo lanzador de cuchillos.

Por segunda vez, Salton se quedó callado.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó.

—Antes dijo que soy una mujer lista —contestó ella sosegadamente.

—Bien, dejemos al zurdo a un lado —dijo Salton—. He podido darme cuenta de que no piensa ceder.

—No.

—Entonces, no le advertiré más. Aténgase a las consecuencias, «Reina Negra». Está en mi casa, es mi huésped... y el huésped debe ser sagrado para el anfitrión.

—Lo cual significa que la guerra empezará apenas haya puesto yo los pies fuera del local.

—Exactamente.

Melody se incorporó.

—Me ha defraudado usted, «Rayo» —dijo.

Salton enarcó las cejas.

—¿Por qué dice eso?

—Le han puesto el sobrenombre porque es un rayo para los hombres... sus enemigos, por supuesto, y para las mujeres hermosas.

—¿Creyó que intentarla atraerla a mi bando por la vía amorosa?

—Debo contestarle afirmativamente, «Rayo».

Salton emitió una suave risita.

—Soy veloz con las mujeres bellas, siempre que no interfieran mis negocios. En otro caso, no me interesan en absoluto —declaró.

—Una manera muy sensata de proceder. ¿Puedo irme?

—Ya le dije que la guerra no empezará sino hasta que haya salido de mi casa. Mientras esté dentro, nadie descompondrá su peinado siquiera, «Reina Negra».

Melody sonrió.

—Una hospitalidad muy a lo árabe. Gracias, Salton; me doy por notificada de su declaración de guerra. Pero debe enterarse también que el atacante se expone a sufrir los efectos de la defensa adversaria.

—Asaltaré sus trincheras y conquistaré la posición.

—Le esperaré —contestó Melody.

Se dirigió hacia la puerta, se volvió y le miró sonriendo.

—Es usted un hombre guapo. Debiera intentar prolongar su existencia muchos años más... abandonando este caso.

—La decisión está ya tomada —contestó Salton.

Melody suspiró.

—Entonces, no nos queda sino decir: ¡Abajo Eros, viva Marte!

—Justamente: ¡Viva Marte!

Hubo todavía una corta pausa de silencio. Los dos se miraban, pero, en realidad, Melody tenía la vista fija en la librería situada a espaldas de Salton.

¿Qué había al otro lado de la librería?, se preguntó.

—Adiós, «Rayo» —se despidió finalmente.

—Adiós, «Reina Negra».

CAPÍTULO VI

Los dos secuaces de Salton aguardaban en el pasillo inmediato al despacho. Melody pasó por delante de ellos, sin dirigirles otra cosa que una ligera sonrisa.

Una puerta, cubierta con espesos cortinajes, separaba el pasillo del salón. Melody apartó las cortinas a un lado y exploró la sala.

Antes había notado un detalle, que la aparición de Shimm le había impedido confirmar. Tras unos segundos de observación, se dio cuenta de que eran verdad sus aprensiones.

Charlton y Thomas faltaban.

No se veía el menor rastro de sus dos detectives. Y le habían asegurado que aquella noche sería la última. Al percatarse de su ausencia, Melody empezó a temer por la suerte de los dos amigos.

Tras unos momentos de reflexión, cruzó la puerta y se dirigió al tocador de señoras con paso mesurado. Shimm estaba aún en la mesa y la miró ansiosamente.

Ella le dirigió una inclinación de cabeza, como indicándole que pronto volvería a su lado. Interiormente pensaba que ello no iba a ser posible.

Entró en el tocador y eligió una de las cabinas, tras un rápido estudio de la situación. Cerró la puerta, pasó el cerrojo y se acercó a la ventana que había en la pared opuesta.

Era pequeña, de unos cuarenta y cinco centímetros de lado, pero suficiente para lo que deseaba. Al abrirla, se asomó afuera y vio que daba al callejón indicado por los detectives.

Cerró la ventana de nuevo y empezó a actuar con rapidez y destreza. Debajo del vestido, enrollada sobre las caderas, de tal modo que no le estorbase al andar, llevaba la malla negra que solía usar habitualmente.

Se quitó el vestido y la combinación, quedando con el mínimo de prendas. Luego se quitó los zapatos y empezó a ponerse la malla.

Momentos después, estaba vestida de negro de pies a cabeza. La malla disponía también de una capucha, que se caló, dejando al descubierto solamente el óvalo del rostro.

Lamentó dejar allí el vestido y la combinación, pero no podía llevar ambas prendas consigo. Por otra parte, había quitado todas las marcas y señales de identificación. Alguien se llevaría una sorpresa al encontrar las prendas, se dijo, mientras abría la ventana.

Alargó la mano y dejó caer el bolso al otro lado. Luego cruzó el hueco y saltó al callejón.

Inclinándose, recogió el bolso. El callejón estaba sumido en las sombras. A lo lejos, se veían las luces de una gran avenida, por la que circulaban los automóviles.

Caminó a lo largo de la pared, hasta encontrar una ventana con los cristales sucios y polvorientos. Tanteó la ventana; estaba cerrada.

Resolvió el inconveniente con un diamante, que le sirvió para trazar un círculo en uno de los cristales. Aplicó una ventosa, tiró y el círculo se separó limpiamente.

Hecho esto, pasó la mano y levantó la falleba. El paso quedó abierto.

Se detuvo al pie de la ventana. No se oían otros ruidos que los que provenían de la distante avenida. Hurgando de nuevo en su bolsillo, sacó una linterna tan delgada como un lápiz y la encendió.

Los informes eran exactos. Allí estaba la pila de cajones que le habían indicado los detectives.

Con paciencia y muy despacio, para evitar todo sonido, los apartó uno a uno. La puerta quedó al fin libre.

Melody estudió la cerradura. Efectivamente, era de un tipo muy sencillo. No se necesitaba más, sabiendo que había muy pocos, y todos de la confianza de Salton, que conocían la existencia de aquella puerta.

Se había provisto de todo lo necesario. Momentos después, con una ganzúa, había conseguido abrir la puerta.

Tiró muy despacio hacia sí. Un chorro de luz le dio en el rostro.

Una voz hirió sus tímpanos. Era chirriante, desagradable.

—Vosotros trabajáis para la «Reina Negra». ¿Dónde está Karen

Hillman?

Melody terminó de abrir y dio un paso hacia delante.

—Si le parece, puede hacerme a mí la pregunta —dijo.

Charlton y Thomas estaban atados a sendas sillas y la contemplaron con alegre estupor. El hombre que se hallaba frente a ellos, se inmovilizó durante unos segundos. Su cuerpo se puso rígido, tenso.

Melody lo veía de perfil. Era un hombre de rostro cetrino y bigotito negro.

El sujeto giró de pronto hacia ella con relampagueante rapidez. Melody intuyó lo que iba a pasar y se acuclilló con gesto no menos veloz. Algo brillante silbó, rozándole la parte alta de la capucha y se clavó en la madera que había a su espalda con seco chasquido.

El asesino vio que había fallado el lanzamiento del cuchillo y saltó hacia delante. Melody alzó ambas manos, con las que sujetaba el bolso firmemente.

Una ráfaga de luz brotó de uno de los cantos del bolso. El asesino se detuvo en seco, enormemente asombrado al sentirse herido.

Melody se irguió lentamente, sin dejar de encarar el borde del bolso hacia el hombre del bigote negro. Éste la miraba con ojos muy abiertos.

De pronto, bajó la vista y se contempló la mancha roja que se ensanchaba rápidamente en su pecho.

—Me ha matado —dijo.

—Sí —contestó Melody.

El silencio era absoluto. Bruscamente, el asesino giró sobre sí mismo y cayó al suelo.

Charlton lanzó un sonoro suspiro de alivio.

—A esto sí que le llamo yo oportunidad —comentó.

—Un buen truco, la pistola dentro del bolso —dijo Thomas.

Melody se volvió. El cuchillo estaba clavado en la puerta, a sus espaldas.

Lo desclavó y cortó las ligaduras que sujetaban a los dos detectives, quienes se pusieron en pie inmediatamente.

—¿Cómo les atraparon? —preguntó.

—Nos llamaron al despacho —respondió Charlton.

—El maestresala dijo que nos despedían por exceso de personal

—añadió Thomas.

—Puesto que éramos los más nuevos, no sospechamos nada...

—Hasta que nos hicieron entrar aquí.

—Y Salton encargó al «Zurdo» que les arrancase el paradero de Karen Hillman —dijo Melody.

—Sí, creía que nosotros lo sabíamos —contestó Charlton.

Ella miró en torno suyo. La habitación no tenía nada de particular: una mesa, unas cuantas sillas, unos archivadores que encontró medio vacíos y sin nada de importancia en su interior...

—Vámonos —decidió de pronto.

—¿Y ése? —preguntó Charlton, señalando al hombre caído en el suelo.

Melody se estremeció. Jamás se había visto tan cerca de la muerte como cuando el hombre del bigotito le lanzó el cuchillo.

Se recuperó enseguida, no obstante, y sonrió.

—Lo dejaremos aquí —contestó—. Pero antes de cinco minutos, se atropellarán por esconder su cadáver. Salgamos.

Cruzaron la puerta y pasaron al cuarto de los trastos viejos. Melody les señaló la ventana.

—Esperen en el callejón —ordenó.

Charlton y Thomas obedecieron. Entonces, Melody buscó y reunió un puñado de papeles viejos y virutas, y los colocó en un montón, al pie de la pila de cajones.

Encendió una cerilla y la arrojó sobre las virutas. Cuando vio que ardían, echó a correr hacia la ventana.

Los detectives le ayudaron a saltar al callejón.

—¡Corramos! —exclamó Melody.

La joven había dejado su automóvil en las cercanías del callejón. Aunque había llegado en taxi a «El Pájaro de Oro», lo había hecho después de dejar su automóvil y retroceder unos centenares de metros para cubrir las apariencias.

Los tres montaron en el vehículo y arrancaron de allí antes de que se oyeran las primeras sirenas de los coches de socorro.

Melody sonrió.

—Bueno —dijo—, por si no lo sabían, les diré que estamos en guerra.

—¿Con Salton? —preguntó Thomas.

—Exactamente. Salton dijo que se consideraría mi enemigo a

partir del momento en que abandonase su local.

—Y usted le ha asestado el primer golpe —dijo Thomas.

—Dos, recuérdelo.

Charlton asintió.

—Aún me entra frío cada vez que me acuerdo de Curmans —murmuró.

—¿Se llamaba Curmans?

—Sí. Un bicho feroz... No me gusta hablar así, pero si alguien se merece dos palmaditas en la espalda, es usted, Melody.

La joven inspiró con fuerza.

—Tampoco a mí me agradó tener que hacer fuego —contestó—. Pero Curmans mató a dos hombres... y si bien eran unos granujas, no se merecían tampoco morir de aquella manera.

—La lástima es que murieron sin decirle lo que tanto le interesaba a usted —se dolió Charlton.

* * *

El teléfono la despertó temprano a la mañana siguiente.

—Hola, «Reina Negra».

Melody se espabiló instantáneamente.

—Hola, «Rayo» —contestó.

—Un buen golpe. La felicito.

—La declaración de guerra partió de usted, recuérdelo.

—Es una guerra defensiva. Usted pretende algo contrario a mis planes.

—Es cierto —convino la joven.

—En tal caso, repito, aténgase a las consecuencias.

—Sí, «Rayo».

—Y, recuerde, como en el amor, en la guerra es lícito usar todos los medios.

—Curmans, si pudiera hablar, diría algo al respecto. Por cierto, ¿dónde está?

Melody oyó una sonora maldición al otro lado del teléfono. Rió alegremente.

—¿Enojado, «Rayo»?

—Nos puso en un brete —confesó Salton.

—¡Fue tan sencillo! ¡Un simple fósforo y...! Pero no me negará

que la declaración de guerra partió de usted.

—No me lo repita —contestó el *gángster* malhumoradamente—. No perdió el tiempo en atacar.

—La mejor defensa es un buen ataque. ¿Lo sabía, «Rayo»?

—Es un refrán hartó conocido. Aplíquese lo también, «Reina Negra».

—Estaré prevenida. ¿Algo más?

—Eso es todo —contestó el pandillero secamente.

Melody se echó a reír un segundo antes de colgar.

Quería que Salton la oyese reír. No juzgaba al *gángster* como un enemigo sin importancia; no podía cometer una imprudencia semejante, pero el hecho de que Salton hubiese perdido el humor, estimaba, era una baza que podía jugar mucho a su favor.

Echó a un lado las ropas de la cama y saltó del lecho. Descalza, cubierta únicamente con un finísimo camisón de encaje, caminó hacia el vecino cuarto de baño.

Había un espejo de cuerpo entero que cubría casi una de las paredes del cuarto de baño. El camisón cayó al suelo silenciosamente.

Melody se contempló ante el espejo, satisfecha de la perfección de sus líneas, a las que el ejercicio cotidiano confería una firmeza y una solidez que aumentaban más su hermosura. Luego, de pronto, la sonrisa se borró de sus labios.

¿De qué le servía ser joven y hermosa... si no había un hombre que pudiera apreciar debidamente tales cualidades?

¿Y Brent Lothar?, se preguntó.

Aparentemente, la amaba. Pero ¿no se había enamorado de un espejismo? ¿A quién amaba Lothar; A Melody Fenner o a la «Reina Negra»?

Era una duda que no sabía resolver. Tal vez era aún demasiado pronto, se dijo, mientras sumergía su esbelto y blanco cuerpo en el agua de la bañera.

CAPÍTULO VII

La noche había cerrado ya horas antes. Un coche, que rodaba silenciosamente, se detuvo junto al encintado de la acera. Las luces se apagaron y su único ocupante, una mujer, se apeó del vehículo.

Melody vestía un chaquetón tres cuartos, de color azul marino. No llevaba debajo otra cosa que su habitual malla negra. Producía un efecto chocante a primera vista, cuando se apreciaba que el borde inferior del chaquetón llegaba solamente a la mitad de los muslos.

El cuello del chaquetón estaba subido hasta las orejas, En la mano izquierda llevaba un gran bolso de cuero negro.

Melody caminó un centenar de pasos y se detuvo al fin ante una casa de apariencia corriente. Abrió el bolso y sacó una llave, destinada a la cerradura del portal.

Charlton y Thomas habían maniobrado para porporcionarle aquella llave. En cuanto a la del piso, tendría que arreglárselas ella con una ganzúa.

Subió lentamente las escaleras. Los inquilinos dormían hacía rato.

Segundos más tarde, se detenía ante una puerta del segundo piso. Encendió una pequeña linterna, con objeto de recibir un suplemento de luz, y estudió la cerradura.

Diez minutos más tarde, tenía libre el paso. Cruzó el umbral, cerró a sus espaldas y, a tientas, buscó el interruptor de la luz.

Aquella era la casa que correspondía al número telefónico que Melody había hallado en las ropas de «El Avispa». El nombre del inquilino era de mujer: Rosa Wood.

La casa era de aspecto vulgar y aparecía en orden, aunque con evidentes señales de no haber sido habitada desde hacía algún

tiempo. Melody pasó la yema del índice por la superficie de una consola y estudió la huella dejada en la capa de polvo.

—Dos, tres semanas —dedujo.

Entró en la cocina. El frigorífico estaba vacío y desconectado. Se preguntó quién podía ser aquella misteriosa Rosa Wood.

Entró en el dormitorio. Había unos cuantos vestidos en el armario. Eran baratos, pero de buen gusto. Melody abrió a continuación los cajones de una consola.

Estaban llenos de prendas femeninas, bastante bien cuidadas. La ropa íntima era de mejor calidad que la exterior.

Buscó pacientemente. Por fin, obtuvo una parcial recompensa.

Había un retrato en uno de los cajones, bajo una pila de ropa. Melody estudió el retrato y la dedicatoria.

La cara se reconocía fácilmente, aunque tenía diez años menos. La dedicatoria decía: *A Rosa, con todo el amor, de su Duff.*

Una leve sonrisa curvó los labios de Melody. Mucho debía haber aprendido de las mujeres Duff Salton, se dijo.

Diez años antes, pudo hacerlo; ahora, de ningún modo habría dedicado una fotografía suya a una mujer.

Era preciso averiguar quién era Rosa Wood, dónde estaba y qué hacía. Por un momento, Melody llegó a creer que se trataba de Karen Hillman, pero no parecía concordar el tiempo.

Karen tenía unos veinticuatro años. Era imposible, por tanto, que Salton le hubiese dedicado una fotografía suya diez años antes. Rosa Wood, por tanto, era otra mujer... posiblemente, de la edad de Salton.

De pronto, algo se desprendió de la parte posterior del retrato y revoloteó al suelo. Era un papel, que Melody se agachó inmediatamente para recogerlo.

Había dos palabras escritas en el mismo: Salt Plains. Melody contuvo una exclamación de asombro.

Recordó la última palabra pronunciada por «El Avispa». ¿Se refería a Salton o a lo que parecía ser el nombre de una localidad?

Una voz la sobresaltó de repente.

—Deja ese retrato quieto, preciosa.

Melody se volvió. Sonriendo torvamente, Jim Lussino le apuntaba con una pistola de pavoroso calibre.

Pike Larg estaba a su lado. También sonreía e igualmente iba

armado, aunque llevaba un revólver de cañón corto y calibre 38. Pero el extremo del cañón estaba prolongado por un silenciador.

Melody estaba desarmada por el momento. Su pistola se hallaba dentro del bolso, pero éste descansaba sobre la consola, que quedaba a sus espaldas. Antes de que pudiera hacer el menor gesto para volverse, aquellos dos forajidos la acribillarían a balazos.

Lussino guardó la pistola.

—Encañónala, Pike —dijo brevemente.

—O. K., Jim.

Larg se situó a un lado. Lussino, entonces, sacó una navaja de resorte y la abrió de un golpe.

Melody tensó todos sus músculos, disponiéndose a pelear.

—No te muevas —dijo Lussino—. Por ahora... no pretendo hacerte daño, pero si agitas siquiera las pestañas, te rajaré.

Se acercó a ella. Melody procuraba respirar pausadamente.

La navaja se movió velozmente. Uno de los botones del chaquetón saltó por los aires.

—Tengo ganas de verte otra vez con la malla negra —rió el pandillero—. Me gusta mucho, ¿sabes?

Otro botón saltó y otro y otro. La prenda se abrió parcialmente.

Con la mano izquierda, Lussino fue despojando a la muchacha del chaquetón, hasta dejarla solamente con la malla negra, que tan bien ajustaba a su hermosa figura. Lussino rió silenciosamente, mientras pasaba una mano suavemente por el brazo derecho de la joven.

Ella le dejaba hacer. Esperaba contraatacar... pero quería hacerlo cuando todas las bazas estuviesen a su favor, —Pike —dijo Lussino de pronto.

—¿Sí, Jim?

—¿Te gustaría ver lo que hay debajo de la malla?

La punta de la navaja rasgó ligeramente el tejido, justo encima del seno izquierdo de la joven. Un trozo de piel blanquísima quedó al descubierto.

—Jim, no vinimos aquí a hacerle nada —dijo Larg, poniéndose nervioso de pronto.

—Olvidas que el jefe nos ordenó liquidar a la «Reina Negra» dondequiera que la encontrásemos.

—Sí, pero en otro sitio...

Lussino plegó la navaja inesperadamente. De pronto, se arrojó sobre la joven y la abrazó con todas sus fuerzas, intentando alcanzar su boca con sus labios.

—Quieta —dijo, babeando lascivamente.

Cogida por sorpresa, Melody estuvo a punto de ceder. Luego, recuperándose, se dijo que era lo mejor que podía pasarle.

Larg no se atrevería a disparar, mientras Lussino la tuviese entre sus brazos. Empezó a maniobrar, a fin de situar a Lussino de espaldas a su compinche.

Entonces, algo entró volando por la puerta del dormitorio y se estrelló con la cara del gordito.

Larg lanzó un aullido de dolor. La pistola se escapó de sus manos, mientras la silla caía al suelo.

Lussino soltó a la joven y se volvió rápidamente. Sonriendo con aire satisfecho, Jack Shimm apareció bajo el dintel de la puerta.

Melody dio un paso hacia delante.

—Quieta —dijo Shimm—. Deje a ese pajarraco de mi cuenta.

Lussino vaciló. Su compañero se había arrodillado, desinteresado momentáneamente de la pelea. Su cara ensangrentada le preocupaba mucho más.

De pronto, Lussino sacó su pistola.

—Si se mueve, le perforo el estómago —amenazó truculentamente.

Shimm se echó a reír.

—¿Tiene ganas de que se llene esto de policías? Esa pistola haría el mismo ruido que un cañón... y a usted le conviene el silencio, ¿verdad?

Dio dos pasos hacia Lussino. El forajido estaba muy nervioso.

Shimm era un gigante, con su metro noventa y cinco y sus hombros anchísimos. El hecho de que su cara pareciese la de un muchacho, no afectaba para nada al temor que Lussino sentía hacia su colosal fuerza física.

Durante unos momentos, la situación pareció estabilizarse. Larg fue el que rompió el equilibrio, al intentar recuperar el revólver que se le había caído.

Melody le golpeó con el pie en la mano. Larg emitió un rugido de rabia.

Ello distrajo momentáneamente a Lussino. Cuando se quiso dar

cuenta, su pistola volaba ya por los aires.

Casi en el acto, sintió unas manos poderosas que le alzaban en alto. El rostro de Shimm, a quien no conocía, se materializó a pocos centímetros del suyo.

—¡Suélteme! —pidió, lleno de pánico.

Shimm lanzó una alegre carcajada. Hizo fuerza y lanzó al rufián a lo alto.

La cabeza de Lussino chocó contra el techo. Se oyó un «Crock» y luego el estruendo de un cuerpo al caer al suelo.

Larg estaba aterrado. Ya no se preocupaba de la sangre que corría por su cara ni del dolor que sentía en la muñeca.

Una mano le alzó en vilo. Luego vio que el puño derecho del gigante se acercaba a su rostro. Instintivamente, cerró los ojos y ya no vio más.

Shimm soltó el cuerpo del pandillero, quien rodó por el suelo, junto a su compinche. Luego se enfrentó con la joven.

—Parece que he llegado a tiempo, ¿eh? —dijo alegremente.

Melody sonrió. Estaba segura de haber salvado la situación, pero no quería herir el orgullo masculino de Shimm.

—Como la Caballería al fuerte sitiado —contestó.

Shimm la miró apreciativamente de arriba a abajo. El hombro izquierdo de la joven quedaba por completo al descubierto.

—Comprendo que ese tipo enloqueciera por usted —dijo—. A mí también me está ocurriendo algo por el estilo.

—¿Piensa que voy a caer en sus brazos, sólo por agradecimiento? —respondió ella.

—Me gusta usted, pero no querría ofenderla —contestó Shimm llanamente. Se inclinó y recogió el chaquetón—. Esto es suyo, creo.

Melody se lo puso.

—Ese tipo me arrancó los botones a navajazo limpio —dijo.

—Tal vez quería darse una sesión de *strip-tease* sin pagar un centavo —manifestó con ironía.

Melody levantó la mano. La bofetada sonó con fuerza.

—No me confunda —dijo airadamente.

Shimm seguía sonriendo.

—Carece usted del sentido del humor —dijo.

—Hay cosas que no me agradan —contestó ella simplemente—.

¿Nos vamos?

—Espere un momento —pidió el marino.

Se inclinó y recogió el revólver de Larg, dejándolo sin cartuchos. Luego hizo lo mismo con la pistola de Lussino y, para remate, le rompió la navaja.

—Debiera llevarme las armas, pero las detesto —manifestó llanamente—. Mis puños son más eficaces.

—He tenido ocasión de comprobarlo —respondió Melody sonriendo. Recogió su bolso y el retrato de Salton y se dirigió hacia la puerta, seguida de cerca por el gigantesco marino.

* * *

Melody sorbió el humeante café, al que Shimm había ordenado añadir unas gotas de coñac y casi en el acto sintió que un agradable calorcillo le corría por las venas.

—Es una combinación muy agradable —dijo.

—A mí me gusta mucho el spanish coffee —sonrió Shimm—. En tiempo frío, calienta y reanima más que cualquier otra bebida.

—Esa costumbre se la habrá traído usted de sus viajes, ¿no?

—Sí, pero es una buena costumbre. No adopto las malas —dijo el marino muy serio.

—Salvo las de seguir a las chicas por todas partes. —Sólo a una llamada Melody Fenner.

—De modo que ya se ha enterado de mi nombre. Shimm terminó su taza de café.

—Lo sabía desde el principio —dijo—. Claro que no la reconocí cuando iba disfrazada, la primera vez.

—Dicen que lo hago bastante bien —sonrió ella.

—Y tanto —admitió Shimm—, como que me engañó por completo. Pero también sabe hacer otras cosas de manera excelente.

—¿Por ejemplo?

—Colocar narcóticos en el vaso de licor.

Melody sonrió.

—En aquel momento, le creí un marinero ansioso de una aventura amorosa. Tenía que deshacerme de usted.

—Con un mazo, no lo habría conseguido tan rápidamente, por supuesto. Caí fulminado.

—Lo siento. De habérmelo dicho antes... Pero ¿cómo me

reconoció después? En «El Pájaro de Oro» fingió sorpresa cuando el pandillero me llamó por mi verdadero apellido en lugar del que yo le había dado primeramente a usted.

—Alguien me enseñó una fotografía suya.

—¿Una mujer?

—Un hombre.

Melody entrecerró los ojos.

—¿Quién?

—Su futuro esposo, Melody.

—¡No bromeo! —contestó ella con aspereza.

—No bromeo. Usted y Lothar acabarán por casarse algún día... pero ahora no nos interesa tanto como...

—¿Cómo qué, Jack?

El rostro del marino se endureció.

—Hay unos pandilleros de por medio. O los destruimos o nos destruirán —contestó.

—Sigo sin entenderle, Jack.

—Le haré una pregunta, Melody. ¿Recuerda aquella frase que le dije acerca de que estaba deshojando la margarita?

—Sí; y yo le contesté que un marino deja su barco solo por una mujer.

—Exactamente —confirmó Shimm.

—¿Quién es esa mujer, Jack?

El marino sonrió burlonamente.

—Tan lista... ¿y no es capaz de adivinarlo?

—Es Karen Hillman —dijo Melody, sin poder disimular su sorpresa.

—Sí, nos casaremos en cuanto este maldito asunto esté solucionado —declaró el marino.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Melody.

—Lo siento; eso es algo que no puedo revelar a nadie, ni aún a usted misma.

Melody le miró fijamente.

—Jack, tal vez consiga averiguar el paradero de Karen —dijo—. Si es así, iré en su busca, dondequiera que esté, y usted no podrá impedírmelo.

Shimm sonrió irónicamente.

—Le desafío a que la encuentre —contestó.

Melody se puso en pie y miró hacia la calle. Los cristales del local en que se hallaban estaban empapados por la humedad.

—Creo que ya hemos hablado bastante por hoy —dijo—. Estaré siempre a su disposición —se ofreció el mano.

—Le agradezco el gesto. ¡Buenas noches, Jack!

—Adiós, Melody.

CAPÍTULO VIII

Lizzy, la doncella personal de Melody, se echó hacia atrás cuando vio que dos manos se dirigían disimuladamente hacia su barbilla.

—Fuera, cuervos —apostrofó a los dos detectives.

—Hombre, Lizzy, no debes... —dijo Jack Charlton.

—... enojarte sólo por una muestra...

—... del más sincero afecto. Un pellizco...

—... se le da a cualquiera...

—... y hoy día nadie se ofende por...

—... un detalle tan insignificante.

Lizzy levantó los ojos al cielo, con gesto de resignación.

—¡Qué hombres! —murmuró—. Está bien, pasen al salón y esperen. La señorita está haciendo ejercicio.

—Iremos al gimnasio —dijo Charlton.

—Nos gusta ver cómo cultiva su musculatura —añadió Thomas.

Melody les dirigió un alegre saludo con la mano y luego se situó entre las paralelas. Al cabo de un rato dejó el ejercicio, tomó una bata esponjosa, envolvió en ella su esbelto cuerpo y se acercó a los detectives.

—¿Noticias? —preguntó.

—Somos nosotros los que venimos a recibirlas —dijo Thomas.

—Tengo algunas, en efecto —contestó ella—. Vengan, por favor.

Melody abandonó el gimnasio y se dirigió a su despacho, seguida por los detectives. Una vez allí, abrió el cajón y sacó la fotografía de Salton.

—La encontré anoche en casa de una tal Rosa Wood —declaró la joven—. No hay fecha en la dedicatoria, pero esta fotografía fue hecha no menos de diez años.

—A juzgar por la cara, así parece —convino Thomas

meditabundo.

—Sí, pero ¿qué importancia puede tener esta fotografía? —preguntó Charlton.

Melody se sentó en un ángulo de la mesa y miró a los dos detectives.

—Bastante —contestó—. Tanto, como para enviar a dos hombres en su busca.

—¿Los envió Salton? —preguntó Thomas.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió el otro detective.

Melody sonrió.

—Hubo una subasta a puñetazos por la fotografía —respondió.

—Y la ganó usted, claro —sonrió Charlton.

—Con la ayuda de un fornido marino llamado Jack pretendiente a la mano de Karen Hillman.

—¡Vaya! —resopló Thomas—. ¡Ésa sí que es una noticia!

—Luego les contaré todo, pero todavía hay más noticias. ¿Recuerdan lo que dije acerca de los últimos momentos de «El Avispa»?

—Sí. Dijo algo acerca de Salton...

—No se refería a nuestro amigo, el dueño de El Pájaro de Oro, sino a un lugar llamado Salt Plains. Lo que pasa es que no tuvo tiempo de completar la frase —declaró Melody, a la vez que colocaba sobre la mesa el trozo de papel que había hallado en la fotografía de Salton.

—Salt Plains —repitió Charlton, meditabundamente—. Esto da idea de una localidad...

—O de un punto geográfico; una llanura salada, por ejemplo —dijo Melody—. En los Estados Unidos hay más de un Salt Plains —añadió—. Busquen en los mapas y elegiremos luego el que nos parezca más adecuado al asunto.

Thomas cogió el papel y lo guardó.

—Antes de mañana sabrá algo al respecto —dijo—. ¿Vamos, Jack?

—De acuerdo —contestó el otro detective.

Melody se dirigió al baño, una vez hubo quedado sola. Después de terminar su tocado, se vistió con una blusa holgada y unos pantalones negros y se dispuso a despachar algunos asuntos

personales.

Sentóse tras la mesa de despacho. Una frase vino de pronto a su memoria. La había pronunciado Jack Shimm.

«Su futuro esposo», repitió mentalmente. Se refería a Brent Lothar, el agente federal que había intervenido con ella en más de una aventura. Lothar la amaba y ella...

Era el único hombre que había interesado su corazón después de la tragedia ocurrida años antes y que llegó a creer destrozaría su vida para siempre. Estaba a punto de casarse, cuando el hombre que iba a ser su esposo murió, queriendo salvar a su hermano... pero sin conseguirlo.

Aún no le había olvidado del todo, pero, al mismo tiempo, se decía que era joven y que tenía derecho a ser feliz de nuevo. ¿Podría serlo con Lothar?

Ella poseía una gran fortuna. Lothar contaba únicamente con su sueldo de agente federal. Para Melody no representaba ningún obstáculo. Pero sabía que Lothar albergaba ciertos escrúpulos al respecto. ¿Debía ayudarle a desecharlos?

El teléfono sonó de pronto, interrumpiendo bruscamente sus melancólicas reflexiones.

Levantó la horquilla y dijo:

—Habla Melody Fenner.

—Hola, «Reina Negra» —sonó al otro lado del hilo una voz harto conocida de la joven.

—¿Qué tal, «Rayo»? ¿Ha dormido bien esta noche? —preguntó ella irónicamente.

—Los fabricantes de somníferos se arruinarían si todos sus clientes fuesen como yo. Nunca dejo que las circunstancias interfieran en mi descanso.

—Sana filosofía —comentó la joven—. ¿Ha hablado con sus dos secuaces?

—Sí, me contaron la pequeña escaramuza que tuvo lugar en el piso de Rosa Wood.

—Una antigua conocida suya, ¿no?

—Admitámoslo, aunque no es de ella de quien quiero hablarle.

—¿De Karen Hillman?

—No. De usted.

—Bien, le escucho —dijo Melody.

—Me gustaría que acudiera esta noche a cenar a mi ático.

Melody guardó silencio un momento.

—¿Armisticio? —sugirió.

—Ya sabe que mientras sea mi huésped, jamás tendrá que temer nada de mi —declaró el gángster.

Melody tomó un lápiz.

—Supongo que será su domicilio particular —dijo—. Deme la dirección.

Salton accedió. Melody escribió unas cuantas palabras y luego preguntó:

—¿Hora?

—Las siete y media en punto.

—¿Debo llevar la fotografía de Rosa Wood?

El gángster se echó a reír.

—No me compromete en absoluto —contestó—. Haga lo que quiera; tráigala o quémela. Pero no deje de acudir a las siete y media en punto.

—Allí estaré —prometió Melody.

Después de colgar encendió un cigarrillo y fumó pensativamente durante unos minutos.

Salton tenía razón; aquella fotografía no podía comprometerle en nada, sobre todo, no estando casado. Pero, entonces, ¿por qué la buscaban sus esbirros?

Sólo había una explicación posible: el papel que ella había encontrado con las dos palabras escritas, probablemente por mano de Rosa Wood.

Se preguntó qué significado podía tener aquella indicación geográfica. ¿Una ciudad? ¿Una llanura salada?

Alguien se asomó de pronto.

—Muy pensativa está, Melody —dijo Ned Colman—. He llamado tíos veces y usted no me ha contestado.

Ella se sonrojó ligeramente.

—Estaba distraída, en efecto —admitió—. Pase, Ned.

El policía se sentó frente a ella.

—Le traigo noticias —dijo—. Aunque más que facilitarle noticias, lo que debiera facilitarle es un par de esposas.

—Ned, no sea severo conmigo —pidió Melody—. ¿Por qué quiere arrestarme?

—Hemos encontrado el cadáver de un hombre, con un balazo en el pecho. Se llamaba Eller Curmans.

Melody encendió un nuevo cigarrillo.

—Lanzaba el cuchillo con suma habilidad —dijo.

—¿Fue él quien mató a «El Avispa» y a Elgin?

—Sí, y por poco redondea la cuenta conmigo. Lo siento, Ned; es algo que no me gusta, pero se trataba del viejo dilema; él o yo.

—Comprendo —respondió el policía—. De todas formas, no la iba a acusar de la muerte de Curmans, sino de un intento de incendio.

Melody sonrió.

—Convendría que registrasen a fondo el cuarto secreto de Salton —aconsejó—. Yo no tuve tiempo de hacerlo, pero ustedes tal vez encontrasen cosas muy interesantes: libros falsificados, anotaciones de ingresos no especificados en la declaración de impuestos... En fin, a un policía tan sagaz como usted no es necesario explicarle más detalles.

—No, desde luego —admitió Colman—, y es posible que sigamos su consejo. Bien, ¿quiere saber ahora la noticia?

—Adelante, Ned —invitó Melody.

—Se trata de Rosa Wood.

Los ojos de la joven brillaron, a la vez que se inclinaba hacia delante.

—Hable —pidió—. ¿Sabe quién es y dónde está? Yo puedo decirle que hace unos diez años, sostenía relaciones amorosas con Salton.

Colman sonrió.

—Ahora, a lo que parece, las sostenía con otros muchos —dijo—. Por eso fue detenida y retirada de la circulación para treinta días.

—Ah —murmuró la joven.

—Pasado mañana termina su «retiro» —añadió Colman.

—¿Dónde está?

—En el departamento de mujeres.

—¿Aquí?

Colman movió la cabeza afirmativamente.

—No era una pena tan larga que mereciese enviarla a una penitenciaría —explicó.

—Comprendo. Gracias, Ned —sonrió la joven.

—Me agrada ser un peón de la «Reina Negra» —respondió Colman, a la vez que se ponía en pie—. ¿Qué sabe del «Rey Blanco»?

Melody arqueó las cejas.

—¿El «Rey Blanco»? —dijo atónita.

—¿Prefiere que le llame Príncipe Azul? —rió Colman.

—Oh —exclamó ella, furiosa. Agarró un cenicero, para lanzárselo al policía, pero Colman había iniciado ya una presurosa retirada y Melody contuvo el gesto.

—No olvide que Lothar es un buen chico —dijo Colman desde la puerta.

—¿Le ha nombrado a usted su agente de publicidad? —preguntó ella en tono mordaz.

—Soy agente de publicidad de Cupido —contestó el policía alegremente.

Y se marchó sin dejar de reír, mientras Melody fruncía el ceño, disgustada por aquellas palabras.

Pero no era un disgusto demasiado profundo. En seguida se le pasó, cuando empezó a pensar en el vestido que debía ponerse para asistir a la cena con Duff Salton.

CAPÍTULO IX

Abrió la puerta que daba a la terraza y escrutó en la oscuridad.

Todo estaba en silencio. Sólo se percibían los ruidos que llegaban de la calle, situada a cincuenta pasos más abajo.

La terraza estaba apenas iluminada por el resplandor reflejo de las luces de la ciudad, que no era excesivo, debido a la llovizna que caía y a las nubes bajas, que ocultaban las cimas de algunos de los rascacielos más elevados. Tras unos segundos de duda, Melody franqueó el umbral y cerró a sus espaldas.

Llevaba en la mano una bolsa de lona, con algunos objetos. Un sombrero impermeable de color rojo oscuro cubría sus cabellos y su cuerpo se protegía con un chubasquero también del mismo color. Durante el día había estudiado la disposición del edificio y ahora estaba segura de llegar a su objetivo por una vía inesperada para Salton.

A pesar de las seguridades que le había dado el forajido, no se fiaba de él en absoluto. Prefería estar prevenida contra cualquier truco que pudiera utilizar en absoluto.

Salton lo había dicho bien claro: no había mujer hermosa, para él, que valiese un millón de dólares. Las consecuencias que había que extraer de semejante declaración eran obvias.

Alcanzó el parapeto de la terraza e inclinó medio cuerpo fuera de la misma. El ático de Salton estaba a unos metros a la derecha.

Cada ático disponía de su porción de terraza, separada de la del vecino por un parapeto de metro y medio escaso de altura. Melody contó las secciones de terraza, hasta detenerse, al fin, sobre la correspondiente al piso de Salton.

Arrodillándose, desató la boca del saquete de lona y extrajo del mismo una cuerda larga y fina, rematada por un gancho en uno de

sus extremos. Sujetó éste al borde del parapeto y lanzó hacia abajo el resto de la cuerda.

Dentro del saco tenía otras cosas. Un cordel más fino que la sogla le permitió descender el saco en silencio, dejándolo junto al parapeto de separación con la terraza contigua.

Acto seguido, pasó las piernas por encima del parapeto y se dejó resbalar lentamente hasta que sus pies tocaron el suelo.

La terraza estaba sumida parcialmente en la oscuridad. Había una gran puerta vidriera a tres metros de distancia, que permitía salir la luz del interior, pero los detalles eran escasamente visibles, a causa de las cortinas que cubrían los vidrios, desde el techo hasta el suelo.

El lugar donde estaba se hallaba relativamente protegido por una cornisa saliente, que se proyectaba al exterior cosa de cincuenta centímetros. Ello le resguardó de la fina llovizna mientras, en silencio, se cambiaba de ropa.

Se apartó de la cuerda que pendía; le estorbaba para su tocado. Al concluir, quedó con un escotadísimo vestido rojo, muy corto, sin mangas, adornado con un broche de plata sobre el seno izquierdo.

Extrajo del saco una estola de visón y se la puso sobre los hombros. Luego tomó el bolso y se dirigió hacia la puerta vidriera.

Buscó el picaporte y tiró a un lado. Parte del mamparo se descorrió silenciosamente. Al cruzar el umbral, notó en el acto el cálido ambiente del salón.

Dejó que el visón resbalara por su brazo izquierdo, desnudo, y avanzó unos pasos. Sentado en un sillón de cuero, de alto respaldo, Salton leía tranquilamente una revista.

Melody se detuvo a tres pasos del hombre y esperó. La espesa alfombra había amortiguado sus pisadas.

Salton no parecía haberse dado cuenta de su presencia. Melody tosió discretamente.

Lo primero que hizo Salton fue meter la mano dentro de su chaqueta. Melody levantó el bolso, colocando el borde en dirección al cuerpo del sujeto.

—¿Le he asustado? —preguntó irónicamente.

Salton la miró con infinito asombro.

—¿De dónde sale? —exclamó.

Melody rió suavemente.

—Una vez, un admirador mío me comparó a un ángel. Yo creí entonces que exageraba, pero tal vez tenía razón... y hoy he aprovechado las alas para llegar por una vía distinta a la que usted esperaba.

—No cabe duda que es usted una mujer infinitamente astuta —admitió Salton. Todavía, sin embargo, tenía la mano dentro de la chaqueta—. ¿Se ha descolgado de la terraza superior?

—Sí, en efecto.

—¿Con esos ropajes? Están intactos...

—Es un detalle sin importancia —manifestó ella—. Por favor, retire la mano de la pistola. Sentiría tener que abrirle un agujero.

—¿Cómo? Usted no está armada...

Melody sonrió.

—Curmans también lo creyó —dijo.

—Así fue usted —murmuró Salton, entrecerrando los ojos.

—El me obligó. Pero no hablemos más de Curmans. Tengo entendido que me invitó a cenar. No veo la mesa preparada, «Rayo».

—Estará dentro de unos minutos. ¿Quiere mientras tanto tomar algo?

—No me apetece beber, gracias. —Melody dejó la estola sobre un sillón y dio dos pasos hacia el gángster—. De modo que no le importa nada el retrato de Rosa Wood.

—Esa relación es cosa ya de historia —sonrió el gángster.

—¿Lo sabe ella?

—Hace muchos años. Se ha resignado.

—No será la única, me imagino.

Salton sonrió.

—No, desde luego. Pero yo sí sé de una mujer que podría ser la única para mí, si ella quisiera.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Melody.

Salton avanzó hacia ella y le puso ambas manos en la cintura.

—Es usted maravillosamente bella —dijo con cálido acento—. No es halago, simplemente, digo lo que pienso. —Le creo, pero sólo lo piensa ahora, «Rayo».

—Y siempre. —Salton la atrajo hacia sí—. ¿Por qué hemos de enfrentarnos, «Reina Negra»?

Melody echó hacia atrás el busto. Lenta pero insensiblemente, la

presión de los brazos de Salton iba en aumento.

—Estoy frente a usted no por placer, sino porque alguien me lo pidió —contestó Melody.

—Sí, una chica bonita, pero estúpida. —Salton acercó sus labios a la oreja izquierda de la joven—. Usted no es una estúpida.

Melody percibió el ardoroso aliento del gángster. De momento, sin embargo, no hizo nada por deshacer el abrazo.

—¿Está tratando de conquistarme, «Rayo»? —preguntó.

—¿Lo duda? —musitó él, acercando ahora los labios al esbelto cuello de la joven—. ¿Qué hombre, digno de llamarse así, no querría conquistarla?

Salton buscó los labios de Melody. Ella decidió que era hora ya de romper el contacto. Hizo fuerza y se separó bruscamente.

Salton la contempló con ojos codiciosos. La respiración de la joven se había alterado un tanto y su seno subía y bajaba con rapidez, resaltando con tensas curvas en rojo.

—Es una mujer muy hermosa, pero no tengo otro remedio que deshacerme de usted —dijo.

—¿De qué manera? —preguntó ella.

Salton sonrió extrañamente. Antes de que pudiera hablar, sin embargo, sonó el timbre de llamada.

—Excúseme —rogó el gángster.

Salton se dirigió hacia la puerta y la abrió. Desde donde estaba, Melody oyó una voz masculina.

—¿Cómo está, señor Salton? ¿Puedo hablar un momento con usted?

—Si no va a ser muy largo... Tengo una visita, señor Richards.

—Oh, seré breve, señor Salton. Se trata de su ático. El alquiler vence hoy. ¿Desea renovarlo o...?

—Por supuesto que no, señor Richards. Dentro de diez minutos, lo tendré libre y a disposición de quien quiera alquilarlo.

—Muchas gracias, señor Salton; es usted muy amable. Buenas noches, señor Salton.

—Buenas noches, señor Richards.

La puerta se cerró y Salton regresó al salón. Inclínándose sobre un sillón, recogió su sombrero y el abrigo, negros ambos, así como una bufanda de seda blanca.

Miró a la joven y sonrió.

—Ya lo ha oído usted. «Reina Negra»; ya no soy inquilino de este ático.

—¡Vaya! ¿Se marcha, «Rayo»?

—Ahora mismo —contestó el gángster—. Lamento dejarla sin cenar, pero creo que no necesita alimentarse. Claro —añadió en tono casual—, puesto que ésta ya no es mi casa, no necesito tener consideración alguna con mis huéspedes. ¡Adiós, «Reina Negra»!

Y antes de que Melody, estupefacta, pudiera reaccionar, Salton se dirigió hacia la puerta, la abrió y desapareció de sus ojos.

Durante unos instantes, Melody permaneció en el centro del salón, perpleja y desconcertada. Era evidente que Salton le había tendido una trampa, pero... ¿qué clase de trampa?

Oyó un ruidito a su espalda y se volvió en el acto. Un hombre de rostro oriental se inclinó profundamente ante ella.

Los ojos de Melody se dilataron por el asombro al reconocer a aquel individuo.

—¡Profesor Fuswan! —exclamó.

El coreano se inclinó de nuevo.

—El mismo, señorita Melody —contestó con acento lleno de cortesía.

Ella no salía de su asombro.

—Pero... ¿qué hace usted aquí? —preguntó.

—Lamento tener que darle una mala noticia —dijo Fuswan sin perder la sonrisa—. Se me ha ofrecido una suma importante por poner en práctica mis conocimientos de «karate». No se me oculta —añadió—, la dificultad que presenta un adversario tan distinguido, pero confío en que, al fin, lograré la victoria.

* * *

Después de las palabras de Fuswan se produjo un hondo silencio en la estancia. Melody entendió que el coreano hablaba en serio.

Simplemente, había sido contratado por Salton para darle muerte. Ella jamás se hubiera imaginado una trampa semejante.

Melody retrocedió un paso instintivamente. Conocía su propia habilidad y, en circunstancias ordinarias, no hubiera temido a un adversario común. «El Avispa» era insuperablemente más fuerte que ella y había acabado vencéndole.

Pero con Fuswan las cosas eran distintas. Fuswan sabía mucho más que ella en lo tocante al «judo» y al «karate». Si le permitía llegar al cuerpo a cuerpo, podía darse por perdida.

Fuswan avanzó un paso, con las manos rígidas, adelantada la izquierda un tanto respecto de la derecha. Melody Je había visto partir un ladrillo macizo con el filo de la mano. Un golpe así en la sien, le fracturaría los huesos con la misma facilidad que si se tratase de la cáscara de un huevo.

—Es una lástima, señorita Melody —dijo el coreano, como si se excusase—. Le ruego no vea en esto una cosa personal.

Melody no contestó. Era preciso ahorrar energías hasta el máximo.

Pero todavía tenía un recurso: el bolso con la pistola en su interior. De pronto, notó que el bolso apenas pesaba.

Palideció. El abrazo de Salton había tenido un doble objeto. No se le podía negar una gran habilidad; le había despojado de la pistola, sin que ella se diese cuenta.

La vio con el rabillo del ojo sobre un sillón, adonde, seguramente, la había lanzado desde su espalda. De haber intentado buscarla, ella lo habría advertido inmediatamente.

Fuswan dio un salto lateral y le cerró el paso hacia el sillón. Ahora, Melody tendría que defenderse con sus propias manos.

La sonrisa del coreano había desaparecido. Melody leyó en sus ojos la decisión de matar.

Estaban a tres pasos de distancia. De pronto, Melody sintió que algo le rozaba las caderas.

Eran las flores de un jarrón situado sobre una mesita baja. Velozmente, se inclinó y lanzó el jarrón a la cara de su adversario.

Fuswan se inclinó y esquivó, pero ello le hizo perder el ritmo de aproximación. Melody pudo ganar así el umbral de la puerta de la terraza.

Esperó a pie firme. Una sonrisita se formó en sus labios.

—Bien, profesor, ¿a qué espera para demostrarme prácticamente sus conocimientos de «karate»?

Fuswan se sacudió ligeramente el hombro izquierdo, en donde habían caído unas gotas de agua, procedentes del jarrón. Pareció preocupado por el detalle.

De pronto, con velocidad increíble, saltó hacia delante,

levantando la mano derecha para golpear con el filo la cabeza de Melody. Ella actuó con no menor rapidez.

Dio un potente tirón a la puerta corredera y, al mismo tiempo, saltó hacia atrás. Fuswan lo vio y refrenó su impulso, pero ya era tarde.

La mano cayó sobre el cristal. Era grueso, pero saltó, produciendo una serie de chasquidos musicales de bajo tono. Fuswan chilló al sentir que los vidrios le habían cortado la mano.

Melody llegó al centro de la terraza. Uno de los vidrios le había rozado el hombro izquierdo y brotaron unas gotas rojas, que resbalaron lentamente por la piel.

Pero Fuswan todavía no se daba por vencido. Mirándola con una expresión de odio infinito, sacó un pañuelo y se vendó la mano herida.

Con la izquierda, abrió la puerta y pasó a la terraza. Melody continuó su retroceso, hasta que sus caderas chocaron contra el parapeto de la terraza contigua.

Fuswan saltó sobre ella. Golpeó con la mano izquierda.

Melody desvió el golpe, aunque no por completo. Al mismo tiempo, levantaba la rodilla izquierda y la clavó en la ingle del coreano.

Fuswan gimió de dolor y se arrodilló. Instintivamente, buscó un asidero y se agarró a lo primero que encontró: una de las hombreras del vestido de Melody.

Se oyó un ruido de tela rasgada. Melody quedó desnuda de la cintura para arriba.

Pero ahora no podía pensar en cubrir sus senos. Fuswan, recuperándose, empezaba a levantarse.

Entonces, su hombro izquierdo rozó con algo que oscilaba lentamente. Veloz como el rayo, Melody asió la cuerda por la que se había desprendido a la terraza y, antes de que Fuswan pudiera aprestarse a la defensa, se la enrolló en torno a la garganta.

Pegó un par de fuertes tirones. Fuswan gorgoteó aterradoramente, a la vez que intentaba desprenderse de aquel dogal que le cortaba la respiración.

Melody aumentó la presión. La sangre de la mano de Fuswan, que había perdido el pañuelo, salpicó su pecho desnudo.

Los ojos del coreano giraron alocadamente en sus órbitas.

Melody continuó manteniendo la presión durante algunos segundos más.

Fuswan se convirtió en un peso muerto en sus manos. Melody aflojó el lazo y el coreano se derrumbó al suelo.

La joven se inclinó sobre Fuswan. El corazón latía aún.

Fuswan estaría un buen rato sin conocimiento. Viviría, pero quedaría escarmentado.

Melody decidió que era hora de irse. Entró en el salón y recogió el bolso. Luego se dirigió hacia el sillón donde estaba la pistola y alargó la mano.

Otra mano se le anticipó por una fracción de segundo. Melody volvió la cabeza, sin incorporarse del todo, y clavó los ojos en el rostro de Salton.

—Está aún con vida —dijo el gángster, no sin admiración en su voz.

Melody se enderezó lentamente, colocando el antebrazo izquierdo delante de sus senos, todavía al aire. Salton la miró codiciosamente, pero fue solo un segundo.

—Desperdicié mi dinero con Fuswan —dijo Salton. Y alzó la pistola.

Melody usó el bolso para desviar el arma, que escupió una casi silenciosa llamarada en el mismo instante. Luego, alargó la mano derecha y hundió dos dedos en los ojos de Salton.

El forajido aulló de dolor. Instintivamente, soltó el arma y se llevó ambas manos a los ojos, ciego momentáneamente.

Melody no desaprovechó la ocasión. Estaba furiosa.

Levantó la mano derecha y golpeó la base del cuello de Salton. El pandillero se arrodilló. Melody le golpeó de nuevo y Salton acabó por caer de cara sobre la alfombra.

La joven respiraba afanosamente. Por dos veces había estado a punto de perder la vida aquella noche. Salton no era un mentiroso: un millón de dólares le interesaba infinitamente más que una mujer hermosa.

Como pudo, cubrió la desnudez de su busto. Luego, recogió cuanto suyo quedaba en el salón y se encaminó con paso rápido hacia la terraza.

Salton despertó minutos más tarde, sintiendo fuertes dolores en las cuencas orbitarias y en el cuello. Aturdido, se sentó en el suelo y

guiñó los ojos varias veces, hasta que los fognazos multicolores fueron cesando para dar paso a una visión normal en sus retinas.

Hervía de cólera. Se sentía ignominiosamente derrotado por una mujer. ¿Era indestructible la «Reina Negra»?

Se puso en pie y se dirigió al aparador de los licores, donde tomó dos copas seguidas, de sendos tragos. Luego hurgó en sus bolsillos para encender un cigarrillo.

Lo que encontró fue algo muy distinto de una tira de fósforos. Era una figurita de un juego de ajedrez: la reina negra.

Loco de rabia, la arrojó al suelo y la pateó hasta reducirla a minúsculos fragmentos. Interiormente, se prometió a sí mismo no descansar hasta haber apartado de su camino a Melody Fenner.

En aquel momento, vio que alguien rebullía en la terraza.

Fuswan empezaba a recobrar el conocimiento. La ira de Salton se renovó.

Atravesó el salón a grandes zancadas, pasó de un salto sobre los restos de la vidriera y se inclinó sobre el coreano, que se sentaba en aquel momento, frotándose el cuello dolorido.

—Te pagué para que eliminases a esa mujer —dijo.

Fuswan se señaló la garganta. El gesto era significativo.

—No puedes hablar, ¿eh? —dijo Salton con acento ominoso—. Está bien; yo haré que tu silencio sea definitivo.

Agarró al coreano por el cuello de la chaqueta con una mano y con la otra asió uno de sus tobillos. Fuswan se debatió, pero sus fuerzas estaban muy disminuidas. Además, al hallarse suspendido en el aire, carecía de puntos de apoyo para intentar defenderse con algún golpe de «karate».

Salton echaba espumarajos de rabia por la boca. Fuswan aulló cuando se dio cuenta de la suerte que iba a correr. El dolor de su garganta se le pasó en el acto.

—¡No, no...!

Salton pasó el cuerpo de Fuswan por encima del parapeto.

—Ve a ver si el diablo te devuelve el habla —aulló, en el momento de aflojar la presión de sus manos.

El alarido de Fuswan se alejó rapidísimamente de la terraza. Abajo, los escasos transeúntes que circulaban por la acera, levantaron la cabeza y echaron a correr precipitadamente.

Salton también corría; ni siquiera quiso quedarse para ver el

choque del cuerpo de Fuswan contra el asfalto. Por fortuna, contaba con la coartada del administrador del edificio, quien le había visto salir mementos antes, pero no entrar de nuevo, cosa que había hecho disimuladamente.

El rascacielos era grande; había sitio de sobra donde esconderse hasta que pasara todo. Además, antes de que a nadie se le ocurriese relacionarle con la muerte del coreano, habría conseguido escapar de aquel lugar.

Aquella noche, Salton no pudo dormir. La muerte de Fuswan no había desahogado la cólera que sentía ni había borrado el sentimiento de humillación que le había producido la derrota a manos de una mujer.

Consumió muchos cigarrillos durante la vela, mientras pensaba en un método rápido y eficaz para deshacerse de aquella entrometida que le cerraba el paso a una verdadera fortuna.

CAPÍTULO X

Melody se puso un cigarrillo entre los labios. Jack Charlton acercó la llama de su encendedor al cigarrillo y ella aspiró el humo.

—Jock se retrasa —dijo ella.

—Vendrá enseguida, no puede tardar ya mucho —aseguró el detective.

Estaban los dos en el asiento delantero del coche de Melody, parados junto a la acera, a poca distancia del edificio donde estaba la cárcel de mujeres. Era un anexo a la Jefatura de Policía, en donde se cumplían arrestos de poca monta y los acusados de delitos de mayor cuantía esperaban el momento de ser juzgados.

Melody consultó su reloj. Rosa Wood no podía tardar mucho en salir. La estaban esperando para llevarla a casa de Melody e interrogarla allí con toda tranquilidad.

Un hombre se acercó al coche, abrió la puerta trasera y se sentó detrás de la pareja.

—¡Eureka! —dijo Jock Thomas.

—¿Lo encontró? —preguntó Melody, sin volver la cabeza.

—Sí.

—Vamos, explícate de una vez —gruñó Charlton, impaciente.

—Está en Mesa, Arizona, a doce kilómetros al Noroeste de la población.

Melody se pegó una palmada en la frente.

—¡Podíamos haberlo supuesto desde un principio! —dijo, enojada consigo misma.

—¿Cómo lo has averiguado, Jock? —preguntó Charlton.

—Por extraño que te parezca, en el bar de Rico López^[2].

—¿Te lo dijo Rico?

—Sí. Me vio preocupado, hablamos... Él tiene parientes en

Arizona y estuvo hace años allí. Me dijo que Salt Plains es una exageración; no es una llanura de cientos de kilómetros cuadrados, sino un lago seco de escasamente un kilómetro cuadrado. Pero la gente es así, aficionada a aumentar el tamaño de las cosas...

La puerta del coche se abrió de pronto. Una voz dijo:

—Déjame sitio, Jock Thomas.

Melody se volvió un instante.

—¡Ned! —exclamó, sorprendida.

El policía se reclinó en el asiento.

—¡Hola, «Reina Negra»! ¿Qué tal sienta el lanzamiento de un coreano por encima de una terraza a la calle?

Melody dio un verdadero salto en el asiento.

—¿Qué está diciendo, Ned? —exclamó.

—Aki Fuswan, su profesor de cultura física, fue defenestrado anoche desde lo alto de un rascacielos, concretamente, desde un ático en el que usted permaneció *determinado tiempo*. Melody, *no me gusta que se pase de 5a raya* —dijo Colman con severo acento.

—Esta vez, se equivoca, Ned —respondió ella, recuperándose de la sorpresa recibida.

—Quisiera creerla, Melody —dijo el policía con desconfianza en el acento.

—Le aseguro que es cierto, Ned —insistió ella—. No puedo negar que luché con Fuswan; Salten consiguió atraerlo a sus filas y me dejó sola con él, pero conseguí derrotarle. —Melody suspiró profundamente—. Créame, nunca he pasado tanto miedo como anoche.

Colman frunció el ceño.

—Explíquese, Melody, por favor —pidió.

Melody relató todo lo que le había ocurrido en el ático de Salton. Al terminar, Colman dijo:

—Parece que sus declaraciones concuerdan con algunos puntos. Salton se despidió antes de que muriese el coreano; sobre eso, no hay duda alguna.

—Yo dejé a los dos sin conocimiento. Salton volvió después, seguramente para comprobar mi muerte. Debí salir y luego entraría sin ser visto. Pero no hay duda alguna, cuando menos para mí, que fue Salton quien defenestró a Fuswan.

—¿Por qué había de hacerlo? —inquirió el policía.

—Bueno, quizá se puso furioso al ver que le habían fallado sus planes... y también pudo pensar que, puesto que su alianza con Fuswan era algo meramente accidental, le convenía acallar una boca comprometedora. Tal vez, de todas formas, había planeado matarle después de que él hubiese acabado conmigo.

Colman se acarició la mandíbula pensativamente.

—Es probable —convino—. Fuswan tenía ciertas huellas en la garganta, Melody.

—Lo confieso, fui yo —admitió la joven—. Pero vivía aún cuando dejé el ático. Sobre eso, no hay duda alguna, Ned.

Colman lanzó un profundo suspiro.

—Estos cuervos que tiene al lado tendrán que presentar una coartada para usted —aconsejó—. Yo la creo, pero mi colega, el que lleva el caso, dudará.

—Me gustaría persuadirle mejor con la verdad que no recurriendo a un falso testimonio, Ned —alegó Melody.

Charlton lanzó una exclamación repentina.

—¡Ahí está Rosa Wood!

Cuatro pares de ojos convergieron sobre la mujer que acababa de aparecer en la puerta del edificio.

Rosa Wood aparentaba de sobra los años que tenía. Su pelo estaba intensamente teñido de rubio, pero las raíces tenían un color oscuro inconfundible. Ya había perdido la esbeltez juvenil y su silueta demostraba claramente que estaba perdiendo su guerra particular contra la obesidad.

La cara había sido hermosa, pero ahora mostraba síntomas inequívocos de cansancio y hastío. Melody apreció una expresión de indiferencia total hacia cuanto la rodeaba.

—Vamos allá —dijo.

En aquel momento, un hombre se acercó a Rosa Wood y le dirigió unas breves palabras. Era un sujeto menudo, enclenque, con la cara llena de granos y un sombrero con el ala caída sobre los ojos.

Melody presintió lo que iba a suceder.

—¡Ned! —gritó.

El policía lo adivinó también y empezó a abrir la portezuela. Era ya tarde para conseguir algo positivo.

El hombre de la cara granujenta apoyó una mano en el costado

de Rosa Wood. Instantáneamente, sonaron tres detonaciones en rápida sucesión.

Rosa gritó y cayó pataleando al suelo. Fríamente, el pistolero, mientras la gente corría enloquecida en todas direcciones, se inclinó sobre ella y le atravesó el cráneo con un último pistoletazo.

Colman había saltado a la acera, pero el público le impidió usar su revólver. Habría herido a alguien sin duda y ello le hizo dudar unos segundos.

El pistolero corrió hacia un coche que le aguardaba sin duda. Parecía que iba a poder escapar cuando, de repente, un gigante surgió de la multitud y atrapó al hombrecillo por el cuello de la chaqueta.

El asesino se debatió estérilmente. Jack Shimm movió el brazo y lo lanzó a lo lejos, haciéndole resbalar unos cuantos metros sobre la acera.

Se oyó el rugido de un automóvil. El conductor del vehículo que aguardaba al pistolero arrancó sin esperar más, temeroso de ser apresado también. Se oyó el aullido de una sirena; un coche policial despegaba de la acera, lanzándose en persecución del vehículo fugitivo.

El pistolero había quedado aturdido momentáneamente por la caída. Cerca de él, había quedado su pistola. Estiró el brazo para recogerla de nuevo, pero un pie aplastó sus dedos.

Colman le miró desde arriba, apuntándole con el revólver de reglamento.

—¿Tienes ganas de morir aquí mismo? —preguntó.

El pistolero se echó a llorar. Le habían prometido que todo sería tan fácil... no, no moriría en aquel sitio, pero no habría quien le salvase de la silla eléctrica.

Melody saltó a la acera, seguida de sus dos detectives, y corrió hacia Rosa Wood. Un breve vistazo le convenció de que ya no podría hablar con la antigua amante de Duff Salton.

Apartó los ojos de aquel sangriento cuadro. Algunos policías uniformados acudían ya al lugar del suceso. Dos ayudaban a Colman a esposar a su prisionero.

Melody se enfrentó con el marino. Shimm parecía apesadumbrado.

—Lo siento —dijo—, no pude evitarlo. Ese pistolero actuó con

demasiada rapidez.

—Al menos, ha sido apresado con vida —contestó Melody—. Hablará, Jack.

Shimm meneó la cabeza.

—No me importa que hable ese canalla; todo lo que diga, no podrá devolver la vida a Rosa Wood.

Colman se acercó al grupo.

—Melody, será mejor que se vayan —indicó.

—Avíseme si necesita algo de mí, Ned —se ofreció la joven.

—De acuerdo. —Colman lanzó una mirada al cadáver de Rosa Wood—. Me da lástima —suspiró.

—Otra mujer lo sentirá también mucho —terció Shimm.

—¿Karen Hillman? —preguntó Melody.

—Sí.

—¿Tenían alguna relación Karen y Rosa? —preguntó Melody.

—Sí. Rosa era hermana de la madre de Karen —contestó el gigantesco marino.

* * *

Sonó el teléfono. Melody estaba terminando de cerrar el maletín y miró hacia la mesita, hacia la cual se acercaba ya Charlton.

Esperó unos instantes. Al fin, Charlton dijo:

—De acuerdo, Ned; ahora mismo se pone.

Melody cruzó la habitación y tomó el auricular.

—Hola, Ned —saludó.

—Tengo noticias —dijo el policía.

—¿De qué clase?

—Bastante buenas, Melody.

—Bien, suéltelas, Ned.

—El pistolero ha hablado.

—¿Y...?

—Admite que Salton le pagó por asesinar a Rosa Wood. El tipo se llama Cossie Kurpano, alias «El Sarpullido». Su compinche, el que guiaba el auto, también ha sido detenido. Este declara que Kurpano sólo le dijo que le acompañase hasta la puerta de la cárcel y que le esperase con el motor en marcha.

—No es una declaración creíble, Ned.

—Por supuesto, pero el conductor lo tiene más fácil que Kurpano. Éste es un asesino profesional y ha declarado que Salton le pagó mil dólares por quitar de en medio a Rosa Wood. Con esa declaración, podemos hundir a «El Rayo» para siempre.

—Supongo que habrán despachado un mandamiento de detención contra Salton —dijo Melody.

—En efecto, pero no se ha podido cumplimentar.

—¿Quiere decir que Salton está libre todavía?

—Así es, Melody.

La joven calló durante unos instantes.

—Ha escapado de la ciudad —dijo al cabo.

—En eso estamos de acuerdo —convino el policía—, pero ¿adónde ha ido?

Melody se lo imaginaba, pero no quiso decírselo.

—En busca de un paraguas, Ned —contestó.

—¿Un... paraguas?

—Sí, para resguardarse de la tormenta que se le echa encima —rió la joven—. Adiós, Ned, hasta la vista.

—Adiós, Melody.

La joven colgó el teléfono y se acercó al maletín, en el mismo instante en que la doncella asomaba por la puerta.

—Señorita, el capitán Shimm desea verla.

Melody se volvió.

—Hágale pasar, Lizzy —accedió.

—Sí, señorita.

El marino cruzó el umbral con una amplia sonrisa en su rostro casi infantil.

—Hola, «Reina Negra» —saludó.

—¿Capitán, Jack? Yo creí que era simplemente un oficial —se extrañó la joven.

—Me han ofrecido el mando de un barco —respondió Shimm—, pero estoy dudando aún en aceptar la oferta o rechazarla. Mientras tanto, eso de capitán resulta de mucho efecto.

—No lo dudo —admitió Melody—. Y, dígame, ¿puedo servirle en algo?

Shimm miró de reojo a los detectives. Éstos comprendieron la silenciosa indirecta y abandonaron la estancia.

Melody y el marino quedaron solos.

—Bueno, Jack, adelante, ¿qué es lo que le impedía hablar delante de mis amigos?

Shimm se frotó la mandíbula.

—Parece que se marcha de viaje —dijo.

—Sí —contestó ella.

—¿Puedo preguntarle a dónde?

Melody suspiró.

—Aunque no se lo dijera, usted aparecería de repente allí, como surgido del seno de la tierra —contestó—. Voy a Mesa, Jack.

—Me lo imaginaba, Melody —sonrió Shimm.

Ella arqueó las cejas.

—¿Por qué se lo imaginaba, Jack? —preguntó.

—Karen está allí. —Shimm metió la mano en el bolsillo y sacó un papel amarillo que mostró a la joven—. Acabo de recibir este telegrama.

Ella leyó el contenido del despacho telegráfico.

—Ha cometido un error, Jack —manifestó.

—¿Por qué, Melody?

—Salton y sus esbirros están ausentes de Nueva York. No quisiera errar, pero juraría que también están camino de Mesa.

—Hombre, eso me alegra extraordinariamente —dijo el marino.

Melody enarcó las cejas.

—¿Que le alegra...? Jack, es usted desconcertante —exclamó—. ¿Cómo puede decir una cosa semejante?

—No siento el menor temor por Karen. Ellos no le harán el menor daño, mientras no hayan conseguido los derechos de cesión de las tierras de su tío Job Walls. Y que me ahorquen si Karen piensa acceder a ello. Usted no tiene idea de lo tozuda que es esa chica.

Melody miró al gigantesco marino de arriba abajo y sonrió.

—Debe ser una mujer muy feliz, contando con su amor, Jack —dijo.

Shimm sonrió también.

—Lo único que siento es haberla encontrado a ella antes que a usted, Melody —contestó.

—Vaya —resopló ella—. ¿Está tratando de conquistarme?

—Es usted muy hermosa, Melody. Imagino que otros muchos también se lo habrán dicho, pero no le estorbarán mis elogios.

—Conseguiré que me ponga colorada, Jack.

Shimm avanzó de repente hacia ella y rodeó su talle con los brazos.

—¡Eh! —protestó Melody—. ¿Qué hace usted?

—Déjeme que le demuestre mi agradecimiento —contestó el marino.

Melody sintió de repente una extraña turbación.

No era de baja estatura, ni mucho menos, pero parecía muy pequeña al lado de aquel gigantesco muchacho. Shimm la contemplaba sin dejar de sonreír mientras, lenta e insensiblemente, iba aumentando la presión de sus brazos sobre el talle.

—Sí —suspiró el marino—, le estoy muy agradecido y trato de demostrárselo de la única manera posible. Soy pobre y no puedo pagarle en dinero, así que...

Shimm se inclinó hacia ella. De pronto, Melody recobró la cordura y se escurrió bajo los brazos del joven.

—Usted lo que está buscando es una aventurilla sentimental, tipo fresco —dijo con aspereza.

Shimm continuaba sonriendo.

—Sólo quise probarla —contestó.

—Pues, en lo sucesivo, absténgase de tales pruebas conmigo —manifestó Melody, repentinamente malhumorada—. Y, disculpe, pero es la hora de partir hacia el aeródromo. ¡Adiós, Jack!

Shimm suspiró.

—Adiós, Melody —contestó. Y salió de la estancia.

CAPÍTULO XI

Robert S. Beckrold era un joven de unos veinticinco años, de aspecto agradable y rostro de expresión inteligente. El bufete parecía modesto, pero a Melody no le cupo duda de que era un joven emprendedor y que acabaría haciendo carrera en su profesión.

Melody entró en materia, tras los primeros saludos y después de expresar los motivos que la habían llevado hasta Mesa. Beckrold se mostró inmediatamente dispuesto a cooperar con ella.

—La verdad —dijo—, si la señorita Hillman está en Mesa, yo no la he visto. En cierto modo, tampoco tiene motivos para venir a verme.

—¿Por qué? —quiso saber Melody.

—Verá, yo era solamente abogado de su tío. De una manera estricta, cumplí al notificarle la existencia del testamento, una copia legalizada del cual le remití a su dirección de Washington. Puede decirse que el resto depende de ella: tomar posesión de la herencia, dejar que todo siga tal como está, incluso rechazar la herencia...

—Comprendo —dijo Melody pensativamente—. Y, dígame ¿qué importancia puede tener esa herencia para que haya alguien que se interesa vivamente en poseer un trozo de tierra que no mide media docena de hectáreas?

—No tengo la menor idea, señorita Fenner —contestó el abogado—. El viejo Walls era un sujeto muy reservado. Vivía, como usted sabrá, a doce kilómetros de la población, ya en pleno desierto, y sólo venía a Mesa en contadas ocasiones... prácticamente, cuando necesitaba llenar la despensa.

—Entiendo —murmuró ella—. ¿En qué trabajaba Job?

Beckrold sonrió.

—Era un superviviente de otros tiempos —contestó—. Quiero decir que se pasaba el día huroneando por el desierto en busca de un filón aurífero.

—Y... ¿lo encontró al fin?

—Si lo encontró, llevó su secreto a la tumba.

—Su muerte, ¿fue natural?

—Oh, sí, por supuesto. El doctor Cavanaugh lo conocía desde hacía al menos treinta años y declaró que Job había muerto de un colapso cardíaco. El viejo Walls tenía ya más de setenta años y no era el primer ataque que sufría.

—Entiendo —dijo Melody pensativamente—. Lo que encuentro raro es la cláusula del testamento, que prohíbe a Karen vender la propiedad.

Beckrold volvió a sonreír.

—Una rareza, en efecto —convino.

—Pero esa cláusula podría ser impugnada ante un tribunal —alegó Melody.

—Encuentro difícil que ese tribunal aceptase la impugnación —respondió el abogado—. No obstante, podría intentarse.

Melody reflexionó unos instantes.

—Señor Beckrold —dijo—, si no le importa y dispone de ella, me gustaría leer una copia del testamento de Walls. A fin de cuentas, estoy actuando solamente por lo que Karen me dijo.

—No faltaría más —accedió el abogado.

Levantándose, se acercó a un archivador, en el que buscó unos momentos. Luego sacó una carpeta, con la que regresó a la mesa. Abrió la carpeta, hojeó su contenido y acabó por extraer unos documentos que entregó a la joven.

Durante unos momentos, reinó el silencio en la estancia. Casi diez minutos después, Melody devolvió el papel a Beckrold.

—Ahora ya estoy completamente enterada —dijo.

—Lo celebro mucho. ¿En qué más puedo servirle, señorita Fenner?

—Desearía pedirle un favor —manifestó la joven—. ¿Puede usted acompañarme a examinar la propiedad de Job Walls?

—Por supuesto. En este momento, no tengo mucho que hacer —accedió el abogado. Miró a la joven y sonrió—. Encuentro raro que una señorita como usted desempeñe... tales funciones.

—Oh —contestó Melody—, es que tengo una agencia detectivesca y Karen Hillman me pidió que le ayudase, eso es todo. ¿Vamos?

Charlton y Thomas aguardaban en la antesala. Al ver salir a Melody, se pusieron en pie.

—El señor Beckrold y yo nos vamos a ver la propiedad de Karen Hillman —declaró Melody—. Mientras tanto, ustedes pueden entretenerse en investigar el paradero de la chica.

—De acuerdo —contestaron los detectives a dúo.

Melody y Beckrold salieron a la calle y montaron en el automóvil del abogado. Diez minutos después, rodaban por la autopista que atravesaba el desierto.

A diez kilómetros de la ciudad, Beckrold desvió el coche hacia su izquierda, adentrándose por un camino apenas visible en el seco suelo del desierto.

A lo lejos, unos cuantos cerros testigos, de arenisca rojiza, rompían con sus estructuras verticales la monotonía de la llanura, de una aridez y una desolación infinitas. La transparencia de la atmósfera era absoluta, total.

Pese a todo, el suelo no era tan llano como parecía. El coche remontó una ligera pendiente y emprendió el descenso hacia una vasta depresión de laderas apenas perceptibles.

En el centro de la depresión, se veía una manchita oscura.

—Aquella es la casa de Job —dijo Beckrold.

Un poco más lejos, se divisaba una especie de círculo blanco, que despedía fulgores deslumbrantes.

—Es una laguna salada, desecada —explicó el abogado.

—Salt Plains —dijo Melody.

—En efecto. Quizá el nombre resulta un tanto exagerado, pero en el fondo, está bien aplicado.

Atravesaron un barranco, que sólo se veía al llegar a su borde y continuaron su camino. Minutos más tarde, Beckrold detenía el vehículo ante la casa, eligiendo para ello el lado de la sombra.

Melody saltó al suelo y caminó hacia el edificio, que le pareció se mantenía en pie milagrosamente. La laguna salada estaba a unos seiscientos metros de distancia.

—¿Quiere entrar? —invitó Beckrold.

—Por ahora, no, muchas gracias —respondió la joven.

Tenía puestas unas gafas oscuras para evitar la reverberación. La luz del sol resultaba deslumbrante en aquellos parajes.

Melody rodeó la casa y quedó dando vista a la laguna salada. Beckrold la siguió en silencio.

Ella examinó el suelo con atención. Sin necesidad de ser un experto, se veían huellas de pasos en la tierra, que se dirigían hacia la laguna.

Las huellas habían acabado por formar una especie de sendero, de trazado absolutamente recto. Melody vio también algo más.

Había una doble hilera de pedruscos a ambos lados del sendero, separada cada hilera del mismo por una cincuentena de metros. El intervalo entre cada pedrusco era de unos cien metros.

—Señor Beckrold —dijo Melody de pronto—, el testamento de Walls indica que deja a su sobrina Karen Hillman todo cuanto le pertenezca y posea en el momento de su fallecimiento, tanto bienes muebles como inmuebles y terrenos que hayan sido registrados a su nombre en la oficina correspondiente.

—Así es, en efecto, señorita Fenner —concordó el abogado.

—¿Le importaría llegar hasta la laguna?

—En absoluto. Espéreme aquí; voy a buscar el automóvil.

Beckrold trajo el coche. Melody subió en el vehículo y el abogado se dirigió a buena velocidad hacia la laguna, cuya superficie era absolutamente lisa.

Segundos más tarde, Beckrold dejó escapar una exclamación de asombro.

—¿Qué es eso?

Había un extraño artilugio en el centro de la laguna, compuesto por tres vigas, de cuyo centro pendía una garrucha, con una cuerda que se escondía en un orificio de unos dos metros de diámetro. Las huellas de una larga y sistemática excavación se veían claramente en torno a la abertura.

Beckrold saltó al suelo, con expresión desconcertada. Melody, en cambio, sonreía satisfecha.

Sus presentimientos empezaban a tomar cuerpo. No era en la casa, sino en Salt Plains donde debía buscarse la solución del enigma.

Se acercó al pozo y miró hacia abajo. La profundidad era de unos diez o doce metros y había una serie de recias estacas clavadas

en la pared a modo de escalera.

Estaba seco, pero se advertía claramente que la capa de salitre cesaba a unos dos metros del fondo. Desde arriba, Melody y Beckrold pudieron ver unas cuantas herramientas abandonadas.

Había también un agujero lateral de metro y medio de altura.

—Una galería a medio excavar —murmuró la joven.

—¿Para qué? —se extrañó Beckrold.

—Una cata de mineral —respondió ella—. ¿Había estado antes aquí, señor Beckrold?

—No, nunca; confieso que no es un paraje particularmente atractivo.

—Para muchos lo es —dijo Melody sibilamente—. Pero no podemos hacer nada sin los debidos instrumentos.

—¿Qué instrumentos? —preguntó el abogado.

—Un contador Geiger. Supongo que en Mesa encontraremos donde vendan esos aparatitos, ¿no?

Beckrold la contemplaba con ojos de pasmo.

—¿Quiere decir que... debajo de la capa de salitre... hay un yacimiento de uranio?

Melody sonrió.

—De oro, no; desde luego. Usted se habría enterado inmediatamente, porque el viejo Job habría enseñado algunas muestras de cuarzo, pero no lo hizo así. Y dado su carácter, es de suponer que hubiese voceado su hallazgo a los cuatro vientos.

—Eso creo yo, pero ¿por qué no hizo lo mismo con el uranio?

—Tal vez se desconcertó. No era lo que él esperaba encontrar y prefirió callar. Mire abajo y verá algunos pedruscos, que no tienen en absoluto el aspecto de haber sido arrancados a un filón de cuarzo aurífero.

Beckrold lo hizo así y movió la cabeza afirmativamente.

—Me parece que...

—Estoy segura de que Walls recobró la cordura en los últimos tiempos —dijo Melody—. Todavía se encuentra oro, pero los yacimientos fuertes están en manos de poderosas compañías. Pero hay otra forma de ganar dinero con el desierto... el salitre de esta laguna, por ejemplo. Está abandonada, no pertenece a nadie... y es del primero que la registre a su nombre. Walls lo hizo así, pensando que algún dinero sacaría de la venta de este salitre. Pero antes de

iniciar la explotación en forma, calculo, debió pensar que era conveniente conocer la profundidad de la capa salitrosa.

Empezó a excavar y se encontró con una capa rocosa de un aspecto completamente distinto y desconocida para él, además. Naturalmente, se sintió intrigado, extraería algunas muestras y las llevaría a analizar. El resto se comprende fácilmente, señor Beckrold.

El abogado asintió.

—Visto así, no cabe la menor duda —respondió—. Ahora sólo falta confirmar que es uranio lo que hay debajo del salitre.

—Traeremos un contador Geiger y...

Melody se interrumpió súbitamente. Beckrold, que la estaba mirando, vio que la joven tenía la vista fija en un punto situado a sus espaldas.

Beckrold giró en redondo y divisó un automóvil que se acercaba a aquel lugar, rodando a toda velocidad. Melody se puso rígida.

—Cuidado, señor Beckrold —dijo a media voz, con la mano derecha fuertemente apretada sobre su bolso.

Un oscuro instinto la hizo correr hacia su automóvil.

—¡Venga aquí, abogado! —gritó.

Beckrold obedeció. Apenas habían pasado al otro lado del coche, se oyó el inconfundible tableteo de una pistola ametralladora.

CAPÍTULO XII

Melody y el abogado se agacharon, percibiendo claramente el estrépito de las balas al romper los vidrios del coche y atravesar la carrocería. Un neumático estalló sonoramente y un par de balas, rebotando en partes duras, se alejaron dejando una estela de agudos silbidos.

—¡Santo Dios! —exclamó Beckrold, aterrado—. ¿Qué es lo que pretenden esos tipos?

—Un yacimiento de uranio —contestó ella, sacando la pistola que guardaba en él bolso—. ¡Espere un momento; la danza no ha hecho más que empezar! ¡Tírese al suelo, pronto! —gritó de súbito.

Beckrold obedeció en el acto. El coche de los forajidos pasaba en aquel instante frente a ellos, a una distancia de cuarenta o cincuenta metros.

Tendida sobre la sal, Melody disparó dos veces, sin resultado alguno. Extrañamente, los atacantes no hicieron el menor disparo, pero pudo darse cuenta de que el automóvil se disponía a describir un semicírculo.

El tirador de la ametralladora estaba en el otro lado y quería situarse en posición de tiro. Melody se percató en el acto de lo apurado de su situación.

—¡Abogado, corra y escóndase en el túnel del pozo! ¡Dese prisa!

Beckrold no se hizo repetir la orden. En cuatro zancadas salvó el espacio que le separaba del pozo y emprendió el descenso inmediatamente.

Beckrold se guareció un segundo antes de que la ametralladora disparase su segunda salva. Melody se encogió cuanto pudo en el lado contrario de su automóvil, escuchando el ensordecedor estrépito de los impactos en la carrocería del coche. Una bala le

atravesó el bolso, lanzándoselo a unos metros de distancia.

El coche de los forajidos viró de nuevo. Melody estiró el brazo, tomó puntería y disparó dos veces al parabrisas.

El vehículo zigzagueó unos instantes, pero no se detuvo. Era evidente que el conductor se había asustado momentáneamente de unos proyectiles que le habían pasado muy cerca, aunque sin hacerle el menor daño. De todas formas, ello significó un respiro para Melody.

La joven abandonó su vehículo y corrió hacia el pozo, en el que se zambulló antes de que el tirador de la ametralladora hubiese podido colocar un nuevo cargador. Dos o tres balas de pistola, sin embargo, levantaron nubecillas de polvo blanco en torno a sus pies, pero consiguió refugiarse en el pozo a tiempo.

Descendió rápidamente hasta el fondo. El abogado no era visible.

—¡Señor Beckrold! —gritó.

—Aquí, señorita Fenner —contestó él.

Melody se agachó y penetró en el túnel. Una luz brilló de pronto frente a sus ojos.

—Hay un par de lámparas de petróleo —dijo Beckrold.

—Apague esa cerilla —ordenó Melody—. Aún es pronto para...

Unas voces llegaron hasta ellos. El sonido de una de ellas confirmó sus sospechas.

—¡No están! —dijo alguien.

—Se han refugiado en ese túnel —contestó Salton—. Bueno, es lo mejor que podía ocurrirnos. ¿Dónde están las «piñas»?

—Aquí, jefe...

Melody empujó a Beckrold.

—Corra y tiéndase en el suelo todo lo lejos que pueda. Van a lanzar bombas de mano para cegar el túnel.

—¡Demonio! —Respingó el abogado. Pero hizo lo que le decía.

Melody y Beckrold se alejaron cuanto pudieron de la entrada. De súbito, un tremendo estampido llegó hasta sus oídos.

Los dos se arrojaron al suelo, en parte voluntariamente, en parte empujados por la onda explosiva. Durante unos segundos, permanecieron sordos completamente.

Luego sonaron dos explosiones más. Oyeron un aterrador crujido y, casi en el acto, el característico sonido de un derrumbamiento

rocoso.

La oscuridad era completa. Después que hubo cesado el estrépito, Beckrold dijo:

—¡Nos han enterrado vivos!

* * *

Duff Salton aguardó a que se hubiese disipado el humo que salía por la boca del pozo y entonces se asomó y miró hacia abajo.

Una sonrisa de satisfacción se formó en sus labios.

—¡Esa maldita entrometida no nos dará ya más guerra! —exclamó.

Lussino contempló el fondo del pozo, lleno por completo de los escombros rocosos provocados por el derrumbamiento.

—¿Quién sería el tipo que estaba con ella? —dijo.

Pike Larg se encogió de hombros.

—¡Un idiota! —contestó despectivamente—. ¿Qué hacemos ahora, jefe?

—Volver a la casa —respondió Salton—. Nos estableceremos en ella hasta que aparezca la chica.

—¿Y si no viene? —dudó Lussino.

—Vendrá —dijo Salton con acento lleno de seguridad en sí mismo—. Tiene que venir —insistió.

—Bueno, supongamos que acuda. ¿Cuáles son sus planes con respecto a ella?

Salton sonrió torvamente, a la vez que se acariciaba el lado derecho de su traje.

—Vamos a fundar la

Hillman & Salton

Company —dijo—. Naturalmente, yo seré el gerente y director general, con plenos poderes. Un testaferro me servirá como cabeza visible y...

—¿Y la chica? —quiso saber Larg.

Salton frunció el ceño.

—Por su bien, espero que acceda a firmar los documentos de constitución de la sociedad —respondió.

Calló un momento.

—Firmará, no cabe la menor duda, pero, en el peor de los casos,

tengo todavía una carta en la manga para emplearla si fuese preciso quitar de en medio a Karen Hillman. ¡Vamos!

La llanura estaba completamente desierta, batida por un sol de fuego, que arrancaba del suelo oleadas que deformaban la visión. La reverberación del trozo salado hería dañinamente las retinas.

Los tres pandilleros subieron en el coche y emprendieron el regreso. Momentos más tarde, se detenían ante el edificio.

—Pike —dijo Salton—, baja el automóvil donde no pueda ser visto por los que vengan desde la ciudad.

—Sí, jefe.

Salton se acercó a la casa e hizo una mueca de repugnancia al ver la polvorienta fachada. Los cristales estaban sucísimos y el edificio amenazaba con derrumbarse de un momento a otro.

—No sé cómo aquel estúpido podía vivir aquí —masculló, a la vez que alargaba la mano para asir el pomo de la puerta.

Dio media vuelta al pomo, pero lo único que consiguió fue quedarse con él en la mano. Furioso, pegó un puntapié a la puerta, derribándola al suelo y levantando una nube de polvo. Retrocedió un poco y esperó a que la atmósfera se hubiese aclarado.

Luego cruzó el umbral. La casa, salvo el polvo acumulado en su interior desde la muerte de su ocupante, se hallaba en bastante buen estado, aunque sin poder ocultar su indudable vejez. Los tablones del suelo crujían alarmantemente y algunas de las paredes se pandeaban de un modo poco tranquilizador.

Salton divisó una alacena en uno de los rincones y quiso abrirla. Algo crujió encima de su cabeza y, alarmado, dio un salto hacia atrás.

Una tabla se desprendió del techo y cayó al suelo con sonoro estrépito. Salton emitió un sordo gruñido.

—¡Esta casa se va a hundir en el momento menos pensado! —dijo irritadamente.

Estaban en una sala de aspecto más bien modesto. Cruzó el umbral y se asomó a un dormitorio amueblado solamente con lo más indispensable.

Luego pasó a la cocina. En el centro del pavimento divisó una trampa.

—Levanta eso, Pike —ordenó.

Larg obedeció. Miró un momento hacia abajo y dijo:

—Debe ser una especie de despensa para conservar los alimentos frescos.

—Es posible —convino Salton—. También puede convertirse en celda carcelaria.

Miró a Larg y sonrió. Larg se echó a reír. Los dos hombres rieron estruendosamente.

En aquel momento, Lussino, que se había quedado junto a una de las ventanas de la fachada principal, lanzó un grito:

—¡Eh, viene un automóvil!

Larg se inclinó y cerró la trampilla. Salton se dirigió hacia la sala.

Miró a través de uno de los vidrios, polvorientos. El coche estaba a unos dos mil metros.

—¿Será ella? —preguntó Lussino.

—Tiene que serlo —contestó Salton, con acento convencido.

Pasaron unos momentos. De pronto, Larg dijo:

—Vienen tres personas en el coche, jefe.

—Los otros dos deben ser los ayudantes de la «Reina Negra» —contestó Salton.

—¿Qué hará con ellos? —preguntó Larg.

—Ya lo verás. Espera un minuto.

El coche se detuvo al fin en la casa. Jack Charlton saltó al suelo y ayudó a Karen Hillman a apearse, mientras Jock Thomas cerraba el contacto y salía por el otro lado.

—Ya hemos llegado —dijo el primero.

Karen Hillman sonrió. Era una atractiva muchacha de unos veinticuatro años, espigada, de cabellos dorados y ojos claros, vestida con elegante sencillez.

—Nunca podré pagarles cuanto están haciendo por mí —dijo.

—Oh, no tiene importancia —sonrió Charlton—. Pero me gustaría saber qué espera encontrar en la casa.

—Estoy segura de que mi tío Job dejó algún documento que nos explique el interés que tenía en estos terrenos —contestó la muchacha—. A mí me parece que no valen siquiera los pocos miles de dólares que me ofrecía aquel individuo.

—El señor Walls no introdujo aquella cláusula en su testamento sólo por puro capricho —terció Thomas.

Karen movió la cabeza dubitativamente.

—No estoy segura... ni quisiera ofender su memoria; pero me parece que *últimamente* no regía demasiado bien. ¿Comprenden lo que quiero decir?

Charlton suspiró.

—Se comprende perfectamente —respondió—. ¿Vamos?

Los tres avanzaron hacia la casa y cruzaron el umbral. Apenas lo habían hecho, vieron a Salton que, seguido de Larg, aparecía por la puerta opuesta.

Larg empuñaba una pistola con la mano derecha. Karen, Charlton y Thomas se quedaron inmóviles.

Antes de que pudieran reaccionar, sonó una voz a sus espaldas.

—Se ruega a los caballeros que levanten las manos. Hay una pistola ametralladora en estado de funcionar instantáneamente, al menor gesto sospechoso.

Charlton y Thomas hicieron lo que se les decía.

—Me parece... —dijo el primero.

—... que nos han pescado... —Siguió Thomas.

—... como pajarillos...

—... recién salidos del nido.

Karen estaba aterrada. Todos sus esfuerzos habían sido en vano. Aquellos forajidos habían acabado por darle alcance.

—No se muevan —insistió Salton—. Pike, quítales las armas.

Instantes más tarde, Charlton y Thomas estaban desarmados.

—¿Qué hacemos ahora con ellos, jefe? —preguntó el gordito.

—Tengo que hablar con la señorita Hillman reservadamente —contestó Salton, sin quitar los ojos de la muchacha—. Bueno, quiero decir sin testigos molestos. Enciérralos en la celda... que descubrimos antes. Luego ya decidiremos lo que va a ser de ellos.

—Está bien, jefe —contestó Larg. Blandió la pistola—. Vosotros dos, andando —ordenó.

Charlton y Thomas, resignadamente, sin pronunciar una sola palabra, se dirigieron hacia la cocina. Instantes después, la trampa se cerraba sobre sus cabezas.

Charlton volvió a suspirar.

—Nos la han dado con queso, Jock —dijo.

—Sí... si te refieres a la ratonera donde nos han metido —contestó el otro detective con lúgubre humorismo.

—Puede ser nuestra tumba —murmuró Charlton.

—En tal caso —contestó Thomas—, no me extrañaría que empezásemos a ver desde ahora visiones de ultratumba. ¡Mira quién viene por ahí, Jack!

Una luz oscilaba a lo lejos, acercándose lentamente a aquel lugar. Momentos más tarde, los dos detectives se reunían con Melody y el abogado Beckrold.

—¡Es asombroso! —comentó Charlton.

Melody sonrió.

—Lo que es realmente asombroso es el trabajo que hizo Job Walls para excavar este túnel que llega hasta el centro de la laguna salada.

—¿Y cómo han venido por él, en lugar de llegar por la superficie? —preguntó Thomas, todavía lleno de asombro.

—Por la sencilla razón de que es la única vía de escape en estos momentos —contestó Melody—. La otra boca está cegada por un derrumbamiento provocado a base de bombas de mano.

Charlton meneó la cabeza.

—Mucho me temo que no podamos utilizar la única salida libre —dijo.

—¿Por qué? —preguntó la joven.

—Salton y sus compinches están arriba —replicó Thomas.

—Y lo peor de todo es que tienen con ellos a Karen Hillman —añadió Charlton con acento pesimista.

Melody se acercó al pie de la trampilla y levantó el quinqué con el que se habían alumbrado en su recorrido a través del túnel.

—La vida de Karen no me preocupa en demasía —dijo al cabo—, sino los malos tratos que puedan inferirle. —Respiró profundamente—. Bien, vamos a ver cómo salimos de aquí antes de que sea demasiado tarde. Esas tablas... creo, no están demasiado firmes. Intentaremos soltar una para recorrer el cerrojo que asegura la trampilla y cuanto antes empecemos, será mejor para todos.

CAPÍTULO XIII

Karen Hillman contempló en silencio la serie de documentos que Salton había colocado sobre la mesa. El gángster sonreía cortésmente, mientras sus dos esbirros miraban a la muchacha atentamente.

—Lo que no entiendo es cómo un hombre de su... clase pretende convertirse en minero —dijo al cabo.

—Yo no daré un solo golpe de pico —respondió Salton—. Lo harán otros por mí y, créame, será el trabajo más descansado que he hecho en los días de mi vida. Además —añadió cínicamente—, ya tenía ganas de convertirme en persona decente.

—Nunca lo será —dijo Karen con acaloramiento—. Ha ordenado cometer demasiados asesinatos...

—Eran gente que me estorbaba para llegar hasta aquí —atajó fríamente el pistolero—. Vamos, firme de una vez.

—No —contestó la muchacha, cruzándose de brazos—. Me matarán apenas haya firmado.

Salton pareció desconcertarse un instante al ver la resuelta actitud de Karen. Luego dijo:

—Me disgustaría muchísimo tener que recurrir a procedimientos reñidos con la cortesía para convencerla de que debe firmar, señorita Hillman. Pero lo que hay bajo esa laguna salada vale millones y, como comprenderá, no voy a desperdiciar esa ocasión.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Karen.

Salton emitió una sonrisa de circunstancias.

—Información —dijo.

—Mi tío no estuvo nunca en Nueva York...

Salton movió la cabeza afirmativamente.

—Estuvo —contestó—. Y su mala suerte fue encontrarse con un tipo llamado «El Avispa», nacido en Mesa, pero que hacía más de veinte años que faltaba de la ciudad. Su tío ignoraba todo lo

referente a «El Avispa» y creyó que era una buena persona, por lo que le contó su hallazgo, aunque luego se enteró de la clase de tipo que era.

—¿Eso hizo mi tío? —se asombró Karen—. Pero ¿cómo pudo reconocer a aquel individuo, después de veinte años de no verle?

—El no le reconoció, sino que ocurrió a la inversa. Job Walls no había cambiado apenas de aspecto en todo ese tiempo. Y fue a Nueva York para confirmar su descubrimiento.

Los detectives habían contado a Karen todo lo ocurrido después de que Melody aceptase defender sus intereses.

—¿Y por qué le mató usted? —Siguió Karen.

—«El Avispa» era un sujeto muy egoísta —respondió Salton con expresión sonriente—. Lo quería todo para él, ¿comprende?

—¿También le pasaba lo mismo a Elgin... y a Rosa Wood?

—Un secreto compartido por demasiadas personas, deja de ser secreto —dijo Salton cínicamente.

Karen le dirigió una mirada reprobatoria.

—Rosa Wood era hermana de mi madre —dijo—. Pagaré su muerte, Salton.

—Estoy libre —contestó el forajido.

—Pero el asesino de Rosa Wood fue hecho prisionero y declaró que usted le pagó para matarla. Toda la policía de los Estados Unidos le está buscando. ¿Cree que así podrá lucrarse con los beneficios del yacimiento de uranio?

Hubo un momento de silencio. Salton parecía desconcertado.

—Jefe —dijo Larg.

Los forajidos ignoraban la noticia de la aprehensión de Kurpano. Salton se dio cuenta en el acto del gravísimo aprieto en que se encontraba.

—¡Bah! —dijo de pronto—. No podrá probarlo...

—Su abogado tendrá que luchar mucho por su vida, «Rayo» —dijo una voz femenina en aquel momento—. ¡Tiren las armas en el acto!

Melody había aparecido en la puerta que daba a la cocina y empuñaba su pistola con mano firme. Larg alzó las manos en el acto.

Salton giró en redondo.

—¿De dónde sale usted? —preguntó, atónito.

—Del centro de la tierra —sonrió ella—. Tenía una perforadora de bolsillo y...

Lussino empezó a maniobrar lentamente, a fin de buscar una buena posición para poder utilizar su pistola ametralladora. Los cuerpos de Salton y de Karen estaban situados en su línea de tiro y quería colocarse a un lado.

De pronto, sintió que un par de manos gigantescas se apoderaban del arma. Luego, antes de que pudiera darse cuenta de lo que le ocurría, se sintió izado en vilo y lanzado a un lado con enorme impulso.

Lussino chilló al volar por los aires. Cruzó el espacio y se estrelló contra uno de los muros, cuya tablazón crujió alarmantemente.

El suelo de madera tembló. Una de las tablas cedió de pronto con agudo chasquido.

Karen giró en redondo y lanzó un grito:

—¡Jack!

—El mismo que viste y calza, querida —contestó Shimm, sonriendo alegremente. Agitó una mano—: ¡Hola, «Reina Negra»!

—Hola, Jack —saludó Melody.

—Pero... ¿de dónde sales, Jack? —preguntó Karen, aturdida todavía.

—De un compartimento de equipajes de un coche, donde creí que iba a morirme asfixiado —respondió Shimm—. Me parece que he llegado a tiempo, ¿no es así?

—Muy oportuno, en efecto —convino Melody. Miró al gángster—. «Rayo», lo siento mucho, pero el *sheriff* de Mesa le está esperando para dar cumplimiento a la orden de arresto que tiene contra usted.

—Y yo, en circunstancias extraordinarias, soy ayudante de ese *sheriff* —intervino Beckrold—, así que dese ya por arrestado, Salton.

Sobrevino una pausa de intenso silencio. Salton miraba a todos lados, mientras, a su lado, Pike Larg esperaba sus órdenes para actuar.

Lussino permanecía inconsciente en un rincón, después de la caída. Súbitamente, Salton corrió hacia una de las ventanas y se lanzó de cabeza a su través.

Los vidrios estallaron atronadoramente, mientras los crujidos en el edificio se reproducían. Larg intentó sacar su pistola.

Melody hizo fuego y le atravesó un hombro. Larg emitió un agudo chillido y se sentó en el suelo.

Una tabla se desprendió del techo y chocó estruendosamente contra el suelo. Melody levantó la vista.

—¡Salgamos, pronto! —gritó—. ¡La casa se hunde!

Los crujidos se reproducían con aterradora rapidez. Jack Charlton saltó hacia delante y, asiendo al inconsciente Lussino por el cuello, lo arrastró hacia la puerta. Thomas hizo lo mismo con el gimoteante Larg, desmoralizado por el dolor de la herida recibida.

Salieron atropelladamente al exterior, en el momento en que se hundía un buen trozo del techo. Melody, sin soltar la pistola, miró a derecha e izquierda. Buscaba a Salton.

Corrió hacia la esquina más próxima y dio la vuelta. Charlton y Thomas la siguieron inmediatamente.

—¡Allí está! —gritó Charlton.

El forajido se acercaba a su automóvil. Melody se dio cuenta de que Salton parecía tener grandes dificultades para caminar.

El bandido se tambaleaba horriblemente. Melody bajó la vista un poco y vio el extenso rastro de sangre que partía casi al pie de la ventana que había usado como vía de escape.

Salton alcanzó su automóvil y apoyó la mano en la portezuela. De súbito, parecieron fallarle las fuerzas.

Giró en redondo y se apoyó en el coche. Un arroyo de sangre brotaba del lado izquierdo de su cuello.

Levantó una mano, como si intentase parar aquella copiosa hemorragia. Su rostro estaba palidísimo y sus ojos expresaban claramente todo el horror de la situación en que se encontraba.

Melody dio unos pasos hacia él. Bruscamente, las piernas de Salton se doblaron.

El bandido cayó de lado. Se agitó y luego se quedó completamente inmóvil.

Melody se arrodilló a su lado. Charlton y Thomas se inclinaron hacia el caído.

Salton había dejado de respirar. La causa de su muerte era claramente visible: un profundo corte en el cuello, por donde la sangre había escapado de su cuerpo.

—Se degolló él mismo al atravesar la ventana —dijo Melody, poniéndose en pie.

Charlton meneó la cabeza.

—Lo cual significa que esos saltos no salen siempre bien —dijo.

—Excepto en el cine —añadió Thomas.

—Busquen una manta, por favor —dijo Melody.

Beckrold corría hacia ellos. Al ver el cuerpo del pandillero se detuvo en seco.

—Está muerto —dijo Melody.

—Vigila a los prisioneros, Jock; yo me encargaré de la manta —habló Charlton.

Se dirigió hacia la casa y vio a Shimm y a Karen estrechamente abrazados. De pronto, sonó un aterrador crujido.

Todo el tejado se hundió y las paredes cedieron hacia dentro con enorme estrépito. Charlton meneó la cabeza.

—Era una casa muy vieja —comentó.

Shimm miró a Karen.

—Construiremos una nueva, ¿no es cierto?

Karen sonrió feliz.

—Sí, desde luego —contestó—. E invitaremos a su inauguración a la señorita Fenner.

—Claro.

Melody llegaba en aquel momento. Miró a Shimm y sonrió.

—Pierde el mar —dijo.

—Alguna vez tenía que echar el ancla —contestó.

Melody volvió los ojos hacia Karen.

—No podía hacerlo en mejor puerto —dijo—. Felicidades a los dos.

Beckrold se acercó en aquel instante.

—Si tienen la bondad de custodiar a los prisioneros, iré a Mesa a buscar al *sheriff*. Estaremos de vuelta dentro de media hora —manifestó.

—Aquí le aguardaremos —contestó Shimm.

—Yo iré con usted —dijo Melody.

—Por supuesto, señorita Fenner. —Beckrold la miró y sonrió—. Nunca he visto una mujer tan valerosa como usted. Si yo fuese su esposo, de todas formas, no la dejaría correr tantos peligros.

Ella sonrió.

—No tengo esposo que me prohíba los riesgos —dijo.

—Algún día lo encontrará —aseguró el abogado—. Suba.

El coche se perdió pronto de vista, tras la polvareda que levantaba al rodar por el desierto. Charlton y Thomas se miraron y sonrieron.

—Si esa chica sentase la cabeza de una vez...

—... muchos la perderían entonces por ella.

—Pero Melody sólo parece haberla perdido por un hombre.

—¿Tú crees?

—¡Hum! ¡En cualquier momento, enviará todo al diablo y correrá tras su federal!

Thomas miró a lo lejos, donde la nube de polvo se hacía más pequeña a cada instante que pasaba.

—Pues el abogado no es un chico feo, precisamente —dijo.

—Lo mejor será que nos dejemos de especulaciones —contestó Charlton—. No nos paga para comentar sus asuntos privados.

—Sí, tienes razón —suspiró Thomas—. Y mientras siga así, continuaremos trabajando para la «Reina Negra».

—Que, bien mirado, es un trabajo que no tiene nada de aburrido —contestó Charlton.

—No, no lo es —convino su amigo.

Y luego, los dos, en silencio, se preguntaron cuál sería el próximo caso en que interviniera la «Reina Negra». No tardarían mucho en saberlo, fue la conclusión a que llegaron bien pronto.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Véase el n.º 119 de esta misma Colección y del mismo autor, titulado: «La Reina Negra». (N. del E.). < <

[2] Ver volumen citado en nota anterior. (N, del. E.). < <